MAQUIAVELO

por

LOUIS GAUTIER-VIGNAL

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1969
Primera edición en español, 1971

Traducción de
JUAN JOSÉ UTRILLA

Título original de esta obra
Machiavel
© 1969 Éditions Universitaires, París

D.R. © 1971 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Avenida de la Universidad 975, México 12, D. F.

Impreso en México

PRÓLOGO

El nombre de Maquiavelo es conocido en el mundo entero, y aun aquellos que no han leído sus libros se valen del término de maquiavelismo para dar a entender una manera de pensar y de actuar que, rechazando todo escrúpulo, se inspira en la astucia y en la perfidia.

Si el pensamiento de Maquiavelo despierta, desde hace varios siglos, un interés tan grande, es porque trata esencialmente de los problemas del poder, y porque todo lo que se relaciona con el poder apasiona no sólo a quienes lo ejercen o sueñan con ejercerlo, sino también a las multitudes. No hay por qué asombrarse, puesto que las condiciones de la existencia de los habitantes de un país dependen de la manera como éste es gobernado.

¿Cuál es la mejor forma de gobierno? ¿Vale más, para la prosperidad del Estado y la dicha de los ciudadanos, que el poder esté en manos de varios, o de uno solo? ¿Qué medios deben emplear los hombres para llegar al poder, para conservarlo y para asegurar la continuidad del Estado?

Maquiavelo no respondió formalmente a estas preguntas, pero constituyen el tema de sus dos principales obras: *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Trató estas cuestiones fundándose en su conocimiento de la historia antigua y con la experiencia que había adquirido en los acontecimientos de su tiempo, durante los años en que desempeñó importantes funciones en la cancillería florentina, y sobre todo, en el curso de sus numerosas misiones en la península y más allá de los Alpes.

Maquiavelo no teoriza. Indica —ya sea el régimen un principado o una república— los más eficaces

medios de gobernar, sin tener en cuenta el derecho ni la moral. El realismo y la audacia de sus preceptos han llamado la atención de todos sus lectores.

Su pensamiento no presenta, como podría creerse, un interés meramente retrospectivo, ya que en ningún país del mundo han encontrado solución definitiva los problemas del poder, que siglo tras siglo siguen siendo esencialmente los mismos. Y aunque los medios de gobierno preconizados por Maquiavelo fueron aplicados mucho antes de él, *El príncipe* y los *Discursos* aún pueden ser, para los gobernantes, fuente de reflexión y de inspiración.

Como los hombres reciben tan honda impronta de los acontecimientos de que son testigos, y particularmente de los que afectan las condiciones de su propia existencia —guerras, invasiones, revoluciones, crisis económicas y financieras, desempleo, miseria—, sólo es posible analizar la formación de su espíritu y los móviles de sus actos estudiando de cerca las circunstancias de su existencia.

Maquiavelo es producto de su medio y de su época. Ha sufrido la influencia de lo que ha visto a su alrededor siendo joven, y también de todo lo que ha ocurrido en el plano político y militar mientras él se encontraba en funciones en la cancillería florentina y que, por cierto, constituye la historia de la Europa occidental a principios del siglo XVI.

Si se desea comprender a Maquiavelo y su obra, resulta, pues, necesario estudiar lo que, durante tantos años, era objeto de sus preocupaciones cotidianas, y conviene situarlo en el centro mismo de los acontecimientos en los que tuviera participación directa.

I. EN LA ESCUELA DE LA POLÍTICA

De los veintinueve primeros años de la existencia de Maquiavelo, que fueron, para él, "la mitad del camino de la vida", según la expresión de Dante, puesto que vivió cincuenta y ocho, no sabemos casi nada. Sin embargo, conocemos la fecha de su nacimiento (3 de mayo de 1469) y suponemos que pasó en Florencia y en la propiedad de su familia, no lejos de allí, su infancia y su juventud.

Sobre su familia, que era antigua y de origen señorial, estamos bastante bien informados. Los Maquiavelo llegaron en el siglo XIII a establecerse en Florencia (en el barrio de Oltrarno, cerca del Ponte Vecchio), donde desempeñaron numerosos cargos públicos, como el de prior y el de gonfalonero. A diferencia de tantas grandes familias florentinas dedicadas al comercio o a la banca, ellos no se enriquecieron.

El padre de Nicolás Maquiavelo, Bernardo, jurisconsulto y tesorero de la Marca de Ancona, fue un hombre austero. Su madre, Bartolomea de Nelli, de familia antigua y aruinada, era mujer de letras y escribía poesías.

Al parecer, los estudios de Nicolás fueron buenos. Aprendió el griego y llegó a ser buen latinista. En el plano de la inteligencia y la cultura, fue el producto de una ciudad excepcional. Desde hacía dos siglos, Florencia había dado al mundo grandes escritores, innumerables artistas de primera línea, y su genio, en la época del Renacimiento, se manifestaba en todos los dominios.

Durante la juventud de Maquiavelo, la república de Florencia era uno de los seis principales Estados de la península; los otros eran el estado Saboyano-Piamontés, el ducado de Milán, la república de Venecia,

el Estado pontificio y el reino de Nápoles. Había en la península muchos otros Estados de menor importancia, que sin embargo desempeñaban un papel político, como la república de Génova, el ducado de Ferrara, el marquesado de Mantua, el ducado de Urbino, y las repúblicas de Siena y de Lucca...

En la segunda mitad del siglo xv, podía verse en Florencia la mayor parte de los monumentos que aún admiramos allí. En las colinas que rodean la ciudad se elevaban ya incontables villas en medio de jardines.

En 1469, año del nacimiento de Maquiavelo, el Estado florentino era una república, mas no una democracia en el sentido que a ésta le damos hoy. Durante largo tiempo, las facciones rivales habían dividido la ciudad: gibelinos y güelfos, Blancos y Negros, partidarios de los Donati y de los Cerchi, de los Albizzi o de los Ricci. Los Médicis se habían elevado poco a poco, poniendo su inmensa fortuna al servicio de su ambición y adulando al pueblo en el cual se apoyaban. Cosme de Médicis había engrandecido el prestigio de la familia al dar su protección a los escritores y a los artistas. Su hijo Pedro era enfermizo y pobre de espíritu. Pero Lorenzo, hijo de Pedro, dotado de una inteligencia superior, supo dirigir con arte los negocios del Estado al mismo tiempo que sus propios asuntos, y se ganó el nombre de "Magnífico" por su habilidad política y por su mecenazgo. Lorenzo ejercía un poder casi absoluto, del que no se quejaba la mayoría de la población, pues había sabido procurar al Estado florentino la paz y la prosperidad.

Aunque la república de Florencia estuviera en lucha con Milán, con Pisa, con Lucca y con el rey Ladislao de Nápoles —que estuvo a punto de adueñarse de toda la península—, en el siglo xv pudo, sin embargo, extenderse, apoderándose de Pisa, de Liorna, de Cortona, de Arezzo, de Montepulciano. Cuando en la ciudad, o en las ciudades sometidas, estallaron motines.

fueron cruelmente aplastados. Volterra, que se levantó en armas en 1472, fue duramente castigada.

Por la época en que Maquiavelo vino al mundo, Lorenzo y su hermano menor Julián sucedieron al padre, Pedro de Médicis. Lorenzo, nacido en 1448, había recibido una sólida instrucción y se rodeó toda la vida de escritores, filósofos y artistas. Su padre, Pedro, se había desposado con una Tornabuoni, hija de una vieja familia florentina. Lorenzo entró en una alianza principesca al casarse con Clarisa Orsini, que pertenecía a una poderosa e ilustre familia romana.

Cuando el cardenal Francisco de la Rovere se convirtió en Papa Sixto IV, Lorenzo entró en conflicto con él. El hermano minorista, de orígenes modestos, al que todos conocieran humilde y devoto, se convirtió en un Papa fastuoso y carente de escrúpulos en política. Mucho deseaba en favor del Estado pontificio, pero también en favor de su familia. Hizo grandes donaciones a sus numerosos sobrinos, y uno de ellos, Girolamo Riario, prometido de Catalina Sforza, hija natural del duque de Milán, gracias a él se convirtió en señor de Forli y de Imola.

En Florencia, Lorenzo, que apartaba de los negocios públicos a los representantes de las grandes familias florentinas, se malquistó con varias de ellas, que se inspiraron en el asesinato de Galeas Sforza, en diciembre de 1476, en la iglesia San Esteban de Milán. Así surgió la conjuración llamada de los Pazzi, que la ilustre familia organizó con la complicidad de los Riario y el apoyo de Sixto IV.

El 26 de abril de 1477, en la catedral de Florencia, durante una misa solemne, en el momento de la elevación, Julián recibió varias puñaladas mortales. Lorenzo logró defenderse y refugiarse en la sacristía. El acontecimiento provocó viva emoción en la ciudad y en Italia entera; puede suponerse la impresión que causó sobre el pequeño Maquiavelo, entonces de nueve años,

el espectáculo de los cadáveres de Francisco Pazzi y del arzobispo de Pisa, Salviati, colgados de las ventanas del palacio de la Señoría.

El Papa montó en cólera y pronto arrastró a toda Italia, dividida en dos campos, a una larga guerra. Lorenzo de Médicis, que dio pruebas de gran habilidad política, logró restablecer la paz por medio del tratado de Bagnolo (1484).

En Florencia, Savonarola iba a ser un nuevo elemento de discordia. Cuando empezó a predicar, era tal su talento que la muchedumbre se apiñaba a su alrededor para escucharlo. Y desde el principio de sus prédicas, tuvo la audacia de declararse enemigo de los Médicis, aunque Lorenzo había tratado de ganárselo.

Lorenzo murió en abril de 1492, a los cuarenta y cuatro años, y pronto lo siguió a la tumba el Papa Inocencio VIII. Se reunió el cónclave, y le sucedió el cardenal Borgia, con el nombre de Alejandro VI. Aprovechando la autoridad conquistada en Florencia, Savonarola dirigió entonces sus ataques contra los abusos de la Iglesia y contra el mismo Papa. Pero la atención general se apartó de él al anunciarse la expedición del rey de Francia a Italia. Desde su ascenso al trono, el joven Carlos VIII proyectaba ir a conquistar el reino de Nápoles, al que reivindicaba, como heredero de la casa de Anjou. Los preparativos se hicieron pronto. El ejército francés pasó los Alpes y el rey fue magníficamente recibido en Turín (septiembre de 1494), dados los nexos que existían entre la casa de Francia y la de Saboya.

Cuando el ejército francés se aproximó a Florencia, Pedro de Médicis, quien desde la muerte de su padre se había encargado de los asuntos, salió al encuentro del rey para negociar con él. A su regreso a Florencia, se conocieron las condiciones del acuerdo que había firmado, y causaron la ira popular. Ante la amenaza de revolución, Pedro, con sus partidarios, trató de apo-

derarse del palacio de la Señoría. Fracasó, y con toda su familia tuvo que abandonar Florencia. La chusma invadió el palacio Médicis y se dedicó al pillaje, dispersando las preciosas colecciones reunidas por Lorenzo el Magnífico. Al acercarse a Florencia, Carlos VIII pidió que se llamara a Pedro de Médicis, porque era con él con quien había tratado. El gonfalonero Capponi se negó, y amenazó con "tocar sus campanas si el rey tocaba sus trompetas".

El rey no se entretuvo en Florencia y siguió su camino para ir a apoderarse del reino de Nápoles, que perdió tan rápidamente como lo había conquistado. A través del Estado florentino había dejado huellas de su paso. Antes de llegar a Florencia se le había recibido triunfalmente en Pisa, donde los pisanos, que desde principios de siglo soportaban el yugo de Florencia, suplicaron al rey que les devolviera la independencia. Carlos VIII otorgó a Pisa la libertad. Esto ocasionó la larga "guerra de Pisa", que tantas veces reclamara los cuidados de Maquiavelo.

En la primavera de 1496, Savonarola predicó los sermones de cuaresma con éxito creciente. Si bien se metía en política, lo esencial de su predicación era moral y cristiano. Savonarola quería reformar la Iglesia. Denunciaba sus abusos y se mostraba implacable hacia la corte de Roma. Muchos florentinos, fanatizados por el monje, vivían en ayuno y la práctica de ejercicios religiosos. Pero pronto se manifestó una viva oposición. Los partidarios del monje, los *piagoni* ("llorones"), veían en él a un santo y a un profeta. Sus adversarios, los *arrabiati* (rabiosos), se burlaban de sus profecías y se negaban a aceptar el régimen de austeridad que pretendía imponer a la ciudad. Si Botticelli, que en 1496 tenía cincuenta y un años, si Miguel Ángel, que sólo tenía veintiuno, quedaron subyugados por la elocuencia de Savonarola, Maquiavelo,

entonces de veintisiete años, no recibió la menor influencia de él, aunque después rendiría homenaje a su integridad y a su talento.

En los meses siguientes, Savonarola, aunque no estuviera investido de ninguna función oficial, dirigió los asuntos de la República. Desde Arnaldo de Brescia, no se había visto a un hombre fascinar así a las multitudes con su elocuencia. En nuestro siglo xx, la cosa se ha hecho corriente. Savonarola hablaba largamente, pero no endilgaba a su auditorio discursos de tres o cuatro horas, como hoy algún dictador europeo, egipcio o cubano. Además, su elocuencia era la de un hombre culto. Con todo, resulta sorprendente que durante tres años lograra mantener a Florencia bajo el imperio de su palabra.

En Roma se sentía inquietud por aquellos ataques contra la corrupción de la corte papal, y Savonarola fue condenado como hereje y rebelde. No obstante, siguió predicando en Florencia.

La República se preocupaba por los proyectos de Carlos VIII, de quien se anunciaba una nueva expedición a Italia, y por los del emperador Maximiliano, quien también deseaba "descender" a Italia a hacer valer sus derechos. En efecto, el emperador llegó a Génova y puso sitio a Lioma, puerto principal del Estado florentino. Cuando una tempestad dispersó su flota, su irresolución, de la que daría tantos ejemplos, le hizo renunciar súbitamente a la empresa. Muchos florentinos vieron en el suceso una prueba de la protección que Savonarola obtenía del cielo para ellos.

En enero de 1497, durante un auto de fe organizado en la plaza de la Señoría, fue destruido gran número de cuadros magníficos que trataban temas profanos, y de libros, entre ellos los de Petrarca y de Boccaccio. Savonarola reapareció en el púlpito dirigiendo sus sermones principalmente contra la corte de Roma. Pero "la ciudad —escribirá Maquiavelo—, fatigada y abu-

rrida de sus siniestras profecías, empezaba a irritarse contra él". En abril, los Médicis, con ayuda de sus parientes Orsini, hicieron una intentona de adueñarse de Florencia. La empresa fracasó.

El año 1497, que trajo el declinar de la influencia de Savonarola, presenció el advenimiento de César Borgia como príncipe secular. Su nombre a menudo se asocia al de Maquiavelo, porque éste habla largamente de él en su tratado del *Príncipe*, y lo ofrece como modelo al joven Lorenzo II de Médicis, duque de Urbino, a quien está dedicado el libro. Ya veremos cómo, en tres circunstancias diferentes, Maquiavelo estuvo en relaciones con él.

En junio de 1497, Alejandro VI invistió a su hijo mayor, el duque de Gandía, con el ducado de Benevento, así como de las señorías de Terracina y de Ponte Corvo. En el consistorio del día siguiente, nombró a su hijo menor, César, entonces de veintidós años y ya cardenal, legado pontificio para ir a Nápoles a coronar al rey Federico de Aragón. Pocos días después, el duque de Gandía fue asesinado, y las sospechas recayeron sobre su hermano. No pocas explicaciones se han ofrecido de ese crimen. Al parecer, la más creíble sería la ambición de César, que no deseaba compartir con su hermano el rango de príncipe soberano que contaba con obtener de su padre.

En julio de 1497 se descubrió en Florencia que los partidarios de los Médicis habían organizado una conjura. Los conspiradores, aunque pertenecían a excelentes familias, fueron condenados a muerte y ejecutados. Estos acontecimientos, que despertaron emoción en la ciudad, sin duda fueron seguidos muy de cerca por Maquiavelo.

En febrero de 1498, Savonarola, contando con el apoyo de una nueva Señoría, reapareció en el púlpito de la catedral de Florencia. Seguía discutiendo la autoridad del Papa, quien expedía breve tras breve,

pidiendo que le mandaran al monje bien escoltado. El 18 de marzo de 1498 Savonarola subió por última vez al púlpito. Pese a las súplicas de los hermanos de su convento de San Marcos, quiso pasar por la "prueba del fuego", pensando que así superaría a un hermano de la orden enemiga de los franciscanos. Maquiavelo debió de encontrarse entre la multitud que el 7 de abril se agolpó en la plaza de la Señoría para asistir al espectáculo. Pero éste no llegó a efectuarse, pues se prolongó una discusión para averiguar si los religiosos deberían someterse a la prueba en hábitos sacerdotales y llevando la cruz o el Santo Sacramento. Un aguacero obligó a aplazar la prueba para otro día y dispersó a los espectadores, pero el prestigio de Savonarola quedó menoscabado por el aplazamiento. Buen número de sus partidarios lo abandonó. El convento de San Marcos fue tomado después de una verdadera batalla por los adversarios de Savonarola. Lo llevaron prisionero, en medio de una turba hostil que lo insultaba y lo golpeaba. En los días siguientes se le procesó. Abrumado por mil calumnias, fue condenado a muerte, con otros dos dominicos. En la mañana del 23 de mayo de 1498, los tres infelices fueron ahorcados y quemados en la plaza de la Señoría, y sus cuerpos arrojados al Arno. Sin duda, Maquiavelo asistió al suplicio de aquel que durante tres años había sido ídolo de una gran parte de la población y amo de la ciudad.

II. MAQUIAVELO FUNCIONARIO, DIPLOMATICO Y RECLUTADOR

Los acontecimientos que hemos narrado y de los que Maquiavelo fue testigo, sin duda despertaron su interés por los negocios públicos. Como tantos de sus conciudadanos, él también habría podido hacerse banquero o comerciante. Pero, al parecer, ni aun pensó en ello, y a los veintinueve años presentó su candidatura para el puesto, que había quedado vacante, de jefe de la segunda cancillería florentina. Venció a otros tres candidatos y fue nombrado el 19 de junio de 1498.

El cargo era menos importante que el del jefe de la primera cancillería, por entonces Marcelo Virgilio, ingenio distinguido y buen humanista, que seguramente conocía a Maquiavelo y probablemente lo recomendó, lo cual explicaría su nombramiento para un puesto habitualmente encargado a quienes ya tenían experiencia en tales asuntos.

Un mes después (el 14 de julio), Maquiavelo, aunque conservando sus funciones en la segunda cancillería, fue agregado a los Diez Magistrados encargados de la guerra y de los asuntos exteriores. Los diez magistrados designaban a los comisarios de todo el territorio de la República, enviaban a los embajadores y encargados de misiones y sostenían correspondencia con ellos. Comparado con el sueldo del secretario de la primera cancillería, el de Maquiavelo parece modesto (128 florines de oro anuales). Nombrado para un año en los dos empleos, su cargo será renovado constantemente hasta el día de 1512 en que la caída del gobierno republicano causará su destitución.

En las oficinas, Maquiavelo conoce a Biago Buonaccorsi, con quien trabará amistad; cuando se aleje de Florencia, le escribirá frecuentemente. Gracias a su

correspondencia con él, a las cartas que después escribirá a Francisco Vettori y, aún más tarde, a Francisco Guicciardini, penetramos en la intimidad del pensamiento de Maquiavelo y conocemos muchas circunstancias de su vida privada.

Durante catorce años, Maquiavelo estará al servicio del gobierno florentino. No pasará todo el tiempo en las oficinas, porque, encargado desde principios de su carrera de misiones de escasa importancia, las desempeñará con tal habilidad que a menudo emplearán su talento diplomático. El gobierno va a confiarle más de veinte misiones que le harán viajar por toda la península y más allá de los Alpes. Cuatro veces irá a Francia, para negociar con Luis XII y sus ministros. También irá al Tirol, a Bolzano, donde está el emperador Maximiliano. En sus informes, Maquiavelo muestra gran penetración y clarividencia. Los informes que enviaba a su gobierno eran altamente apreciados. A pesar de la importancia de algunas de sus misiones, Maquiavelo siguió siendo un personaje de segunda fila: carente de prosapia y de fortuna, nunca será embajador, por lo que cumplirá con la mayor parte de sus misiones en condiciones penosas, ya que era pobre y su gobierno mezquino, de lo cual no deja él de quejarse en sus cartas. Muchas de tales misiones se realizaron en condiciones difíciles. En cualquier tiempo y en cualquier estación, Maquiavelo tendrá que cabalgar por malos caminos y recorrer enormes distancias, casi siempre a caballo o a lomo de mula, acompañado de uno o dos servidores igualmente montados. Maquiavelo fue cuatro veces a Francia; franqueó así ocho veces los Alpes —por no mencionar sus otros viajes—, lo que en nuestra época de fácil transporte sería considerado como una extraordinaria hazaña deportiva.

Además de su actividad diplomática, Maquiavelo debió ocuparse frecuentemente en cuestiones militares.

Más de una vez tuvo que informar a su gobierno de la situación de las fuerzas florentinas que sitiaban Pisa. Habiendo apreciado de cerca los inconvenientes de las tropas mercenarias, consideró que un Estado debía disponer de un ejército reclutado sobre su territorio, es decir, un ejército nacional. Esta idea, que a menudo figura en sus escritos, finalmente la tuvo en cuenta el gobierno de Florencia, el cual encomendó a Maquiavelo la constitución de esas milicias. Así, Maquiavelo tendrá que recorrer el Estado florentino para levantar tropas y velar sobre su abastecimiento e instrucción. Grande fue su desengaño, y el del gobierno y el pueblo de Florencia, cuando las milicias no opusieron (en Prato, en 1512), ante el ejército español, más que una resistencia irrisoria. Justo es recordar que el ejército español estaba compuesto de soldados profesionales perfectamente aguerridos.

Cuando Maquiavelo entró en la cancillería, la Florencia republicana no era ya el Estado próspero que fuera en tiempos de Lorenzo el Magnífico. La llegada de los franceses, la rebelión de Pisa, el exilio de los Médicis y los tumultos provocados por Savonarola la habían trastornado. Las guerras que tendrán como escenario la península van a paralizar los negocios, y la República pronto será amenazada por los ambiciosos proyectos de César Borgia.

César, Duque de Valentinois, concibió la ambición de forjarse un importante Estado en la Italia central. Con el tiempo lograría hacerlo, gracias al apoyo del papa Alejandro VI, su padre, y del rey de Francia. En el año mismo en que Maquiavelo ingresó en la cancillería florentina, 1498, Luis XII sucedió a su primo Carlos VIII, muerto sin hijos. El rey inmediatamente empezó a acariciar dos proyectos: el primero, repudiar a la reina Juana, su esposa, hermana de su predecesor y mujer valiosa, dulce y buena, pero contrahecha y enfermiza, a fin de casarse con la encantadora Ana de

Bretaña, viuda de Carlos VIII; el segundo proyecto consistía en emprender una nueva expedición a Italia. Como su predecesor, reivindicaba los derechos de la casa de Anjou sobre el reino de Nápoles y, además, los derechos de la casa de Orleáns sobre el ducado de Milán, en tanto que legítimo heredero de los Visconti por su abuela Valentina; el duque Ludovico Sforza era el heredero ilegítimo.

Para llevar a cabo aquellos dos proyectos, Luis XII no podía prescindir de la ayuda del Papa. Sólo éste podía acordarle las dispensas eclesiásticas necesarias para repudiar a su primera esposa y desposarse con la viuda de su primo. También necesitaba la aquiescencia del pontífice para que sus tropas, al dirigirse a la conquista del reino de Nápoles, pudiesen atravesar los Estados de la Iglesia. Las negociaciones —mejor sería decir los regateos— se prolongaron durante el verano de 1498.

En el mes de octubre, César, cuyo séquito era comparable al de un soberano, desembarca en Marsella. Pasa un mes en Aviñón y, a mediados de diciembre, llega a Chinón, donde se encuentra la corte. Rápidamente queda concluida una alianza entre Luis XII y los Borgia. César recibe el ducado de Valence, el condado de Die y la señoría de Issoudun. Obtiene, además, una pensión de veinte mil libras, y una compañía de cien lanzas. Se le otorga también la mano de Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, educada en la corte de Francia. César no se casará con ella hasta el 10 de mayo de 1499. La abandonará en julio y no volverá a verla ni conocerá jamás a la hija nacida de su unión.

La alianza entre Luis XII y los Borgia había de ser para Florencia una causa de inquietudes y preocupaciones. Gracias al apoyo de las tropas francesas, César se apoderará de numerosas ciudades del centro de la península. Durante los años —afortunadamente

pocos— en que será duque de Romaña, no dejará de amenazar al Estado florentino. Florencia tenía otra preocupación: proseguir la guerra de Pisa. Carente de ejército, tomaba a sueldo, como era la costumbre, *condottieri* que reclutaban a los soldados y se enganchaban con sus tropas. Aquellos *capitani di ventura* abundaban en la península a fines del siglo XV. Se les pagaba en tiempos de guerra, cuando había necesidad de su apoyo, pero también en tiempos de paz, para que no aceptaran la soldada de un vecino del que se desconfiaba. Los *condottieri*, que se ofrecían al mejor postor, pasaban de un campo al otro. "No había ningún pequeño caudillo en la Romaña —escribirá Maquiavelo en los *Discursos*— que no recibiera alguna pensión de Florencia, que además pensionaba a Perusa, a Castello y a sus otros vecinos."

La guerra de Pisa, en la cual tenía entonces la república de Florencia como *condottieri* a los dos hermanos Vitelli, le causaba las mayores dificultades, en tanto que los exiliados de Florencia, junto con los Orsini, emparentados con los Médicis, perturbaban el Casentino.

Jacobo de Appiano, señor de Piombino, *condottiero* que sucesivamente estuvo a sueldo de Nápoles, de Florencia, de Siena y otra vez de Florencia, exigía que su soldada aumentara a cien mil ducados, suma que Florencia no estaba dispuesta a acordarle. Se encargó a Maquiavelo dirigirse a Piombino para tratar el asunto. Tal fue su primera legación. Satisfecha de su actuación, la Señoría no tardó (julio de 1499) en confiarle otra, asimismo asunto de *condotta* o contratación militar. Fue enviado a Romaña, ante Catalina Sforza, condesa de Forlì y de Imola, mujer bella, inteligente y valerosa. Hija natural, pero legitimada, del duque de Milán, Galeas Sforza, Catalina se había casado, muy joven, con Girolamo Riario, quien recibió de su tío, el papa Sixto IV, los condados de Imola (1473) y de

Forli (1480). Como los Riario favorecieron la conspiración de los Pazzi en Florencia, Lorenzo había vengado a su hermano, asesinado en la catedral, mandando matar, diez años más tarde, a Girolamo Riario. Catalina, encerrada en el castillo de Forli, se enfrentó a la ciudad insurrecta. Viuda, había vuelto a casarse secretamente con Giacomo Feo, quien también fue asesinado. Se desposó, por tercera vez, con un apuesto joven, Juan de Médicis, quien pertenecía a la rama menor de la ilustre familia. Catalina fue la madre del *condottiero* Juan de las Bandas Negras, elogiado por Maquiavelo, y a través de él, fue antepasada de los grandes duques de Toscana, cuya sangre, por el matrimonio de María de Médicis con Enrique IV, se difundió por todas las familias reinantes en Europa.

Maquiavelo se dirigió a Forli, donde discutió durante diez días con la condesa acerca de la renovación de la *condotta* de su hijo mayor, Octaviano Riario. El pequeño Estado hervía en preparativos militares, pues Catalina debía enviar tropas a su tío Ludovico Sforza, duque de Milán, a quien Luis XII se preparaba para atacar.

Fue en agosto de 1499 cuando el ejército francés, compuesto principalmente por suizos y gascones, cruzó los Alpes. Atravesó los Estados de Saboya, amiga de Francia, tomó Alejandría y después Pavía. Milán se rebeló, pues Ludovico era aborrecido por su tiranía, y a principios de octubre el rey pudo hacer su entrada triunfal en la ciudad.

En aquel mismo momento ocurrió un acontecimiento importante de la guerra de Pisa, cuyas consecuencias ocuparon repetidas veces a Maquiavelo. El *condottiero* Paolo Vitelli, comandante de las tropas florentinas, obtuvo triunfos tales que permitieron alentar esperanzas de que la ciudad situada estuviera a punto de caer. El 10 de agosto, el ejército se lanzaba al ataque cuando Vitelli y su hermano Vitellozzo de

pronto dieron orden de suspender la acción. La señoría de Florencia concibió sospechas sobre la lealtad del jefe de sus tropas, sospechas que se confirmaron por la noticia de que, poco tiempo antes, había tenido en el Casentino ciertas entrevistas secretas con Pedro y Julio de Médicis. Los comisarios de los ejércitos convocaron a los dos hermanos, bajo pretexto de consultarlos sobre la reanudación de las operaciones. Paolo fue detenido y enviado a Florencia bajo fuerte escolta. Interrogado sumariamente, fue decapitado. Su hermano, que no se había presentado a los comisarios, logró escapar. La ejecución del *condottiero* provocó gran conmoción en la península e hizo de su hermano Vitellozzo un enemigo irreductible de Florencia.

Por la misma época (noviembre de 1499) César Borgia decidió hacerse el amo de la Romaña. Contaba con apoderarse rápidamente de Umbría, y después de los Estados de Florencia y de Siena. Florencia estaba bajo la protección de Francia, su aliada, pero se inquietaba por los ambiciosos proyectos de su temible vecino. César, cuyo ejército estaba formado por tropas pontificias y por quince mil franceses puestos a su disposición por Luis XII, se apoderó, sin combate, de Imola. Catalina Sforza contaba con resistir en Raval-dino, la poderosa fortaleza de Forli, pero César logró apoderarse de ella mediante una traición. Catalina tuvo la suficiente presencia de ánimo para rendirse al comandante de las tropas francesas, lo que le valió la vida.

Luis XII perdió Milán en el curso del invierno, y Ludovico Sforza volvió a entrar triunfalmente en la ciudad. Las tropas francesas se habían replegado sobre Novara, donde los ejércitos, integrados principalmente por mercenarios suizos, se enfrentaron. Por dinero, Luis XII logró la defección de las tropas de su adversario, y Ludovico cayó en sus manos. El rey trató con dureza a su prisionero porque Ludovico, que lo

había llamado a Italia, se había vuelto después contra él. El brillante duque de Milán terminó tristemente sus días en el castillo de Loches.

Una vez reconquistado el Milanesado, a fin de ocupar a sus tropas, Luis XII las puso a disposición de Florencia, para que se valiera de ellas contra Pisa, corriendo por cuenta de aquélla la soldada. Esas tropas, a las órdenes del señor de Beaumont, eran de suizos y gascones. A instigación de los pisanos, que también acordaron un precio, las tropas se amotinaron y levantaron el sitio.

Maquiavelo, en misión en Pisa, fue testigo de los hechos. Los franceses no negaban que sus tropas se hubieran amotinado, pero echaban la responsabilidad sobre Florencia, pretendiendo que la República no los había aprovisionado convenientemente. El rey envió un comisario para informarse en el lugar de los hechos y redactar un informe. Sabedora de que el informe del enviado del rey sería desfavorable a Florencia, la Señoría comisionó a Francisco della Casa, acompañado de Maquiavelo, para hacer conocer en Francia la verdadera versión de los acontecimientos. Se comprende que Maquiavelo desde entonces adquiriera conciencia de que un Estado no podía fiarse de fuerzas mercenarias, sino disponer de un ejército nacional constituido por soldados reclutados en su propio territorio. La defección de los suizos de Ludovico el Moro en Novara y la de las tropas de Luis XII ante Pisa eran recientes pruebas, entre tantas otras, de la poca confianza que merecían los mercenarios.

Las dos primeras misiones de Maquiavelo a Piombino y a Forlì habían tenido por objeto cuestiones de acuerdo militar y, en consecuencia, asuntos de carácter financiero. El primer viaje que haga más allá de los Alpes también se relacionará con una cuestión similar de soldada militar.

Francisco della Casa y Maquiavelo salen de Florencia a principios del verano de 1500, atraviesan los Alpes y se dirigen a Lyon, donde se les había dicho que encontrarían la corte. Pero ésta no estaba ya allí, pues el rey se desplazaba sin cesar. Van entonces a Nevers, donde son recibidos por el cardenal de Amboise, primer ministro, y después por el propio rey. Los despachos de los dos enviados florentinos muestran cuán difícil era cualquier negociación en la corte de Francia. Se hallaba llena de exiliados (*fuorusciti*) que intrigaban y trataban de obtener subsidios del rey. Entre ellos había florentinos que anulaban todo esfuerzo de los negociadores enviados por el gobierno de Florencia. El rey y sus ministros cargaban sobre la República la responsabilidad del motín de las tropas delante de Pisa. Como el rey había pagado la soldada de las tropas, Florencia tenía que reembolsarle las sumas erogadas. Los enviados florentinos sostenían que la República no tenía por qué pagar a tropas que se habían amotinado. ¿Cómo conciliar opiniones tan opuestas? Florencia ofrece pagar cincuenta mil florines cuando caiga Pisa. Se les responde que si "hablan en broma". Los *fuorusciti* explotan la irritación del rey contra Florencia que —escribe Maquiavelo— es "objeto del odio general". Los enviados florentinos, en sus cartas a la Señoría, piden el envío de un embajador e insisten en que se les remitan fondos, pues están completamente desprovistos y viven de préstamos. Tienen que seguir a la corte, que abandona Nevers. Ya los tenemos en Melún, después en Blois. Francisco della Casa cae enfermo y va a atenderse a París. En espera del embajador, Maquiavelo soporta solo el peso de las negociaciones. Sus informes presentan gran interés, porque no sólo tratan del litigio que opone la República al gobierno real; en ellos notifica a la Señoría florentina de todos los asuntos políticos del momento. Para seguir al rey y sus ministros, Maquia-

velo se dirige a Nantes, donde tendrá varias entrevistas con el cardenal de Amboise. En sus cartas sigue quejándose de escasez de dinero, y pide a la Señoría permiso para regresar. Su padre acababa de morir cuando Maquiavelo salió de Florencia. Después falleció también una de sus hermanas.

Pero Maquiavelo recibe de su gobierno la orden de intervenir ante el gobierno francés a propósito de César Borgia. Hemos dicho que éste acariciaba el proyecto de constituirse, en la Italia central, un vasto Estado, formado de la Romaña, de Umbría, del Bolonesado y también de la Toscana. Florencia se preocupaba por la concentración de sus tropas ante las fronteras de la República. Recibido por el rey, Maquiavelo le participa las inquietudes que a su gobierno inspiran los proyectos de César. Aunque el asunto de la soldada de las tropas que se amotinaron ante Pisa no haya quedado zanjado, Luis XII, fiel a su alianza, responde a Maquiavelo que a sus representantes en Italia ya envió orden "de marchar sin tardanza contra el duque de Valentinois si hacía alguna tentativa contra los florentinos y los boloñeses". Esta garantía, repetida más de una vez al gobierno florentino, no calmará sus temores de una invasión de las tropas de César Borgia. Cuando el embajador de la República llega a Francia, puede al fin partir Maquiavelo. De regreso en Florencia, antes de fin de año, se entera de que César se ha apoderado, en octubre de 1500, de Pesaro, venciendo a Juan Sforza, ex esposo de su hermana Lucrecia, y luego de Rímini, venciendo a Pandolfo Malatesta.

Maquiavelo pone a la Señoría al corriente de los proyectos de Luis XII, quien contaba con hacer valer los derechos de la casa de Anjou, de la que era heredero, para conquistar el reino de Nápoles. El rey creía que la empresa le resultaría más fácil si invitaba al rey de Aragón a unírsele. Los dos soberanos firma-

ron (en noviembre de 1500) un tratado secreto. Luis XII se reservaba el título de rey de Nápoles y la posesión de los Abruzos. Fernando recibiría Apulia y Calabria.

Luis XII estaba convencido de que, una vez conquistado el reino de Nápoles, sabría conservarlo en su poder. Maquiavelo, en *El príncipe*, llamará locura al proyecto de Luis XII. "Era el único árbitro de Italia —escribirá— y él mismo se buscó un rival". Y, en efecto, la funesta idea de Luis XII tuvo por consecuencia el establecimiento, durante tres siglos, de los españoles en la península.

Puede parecer asombroso que un hombre de la penetración del cardenal de Amboise, primer ministro del rey, no se haya opuesto a la empresa. Fernando de Aragón actuó con una perfidia extraordinaria. Envió a Sicilia una flota y mandó desembarcar tropas, haciendo creer al rey Federico de Nápoles, príncipe aragonés como él mismo, que acudía a ayudarlo en su lucha contra el rey de Francia.

Las tropas francesas, reunidas en Lombardía, emprendieron la marcha en el mes de mayo (1501). César Borgia, que en abril había ganado Faenza a la familia Manfredi, penetró en territorio de Florencia. Entonces renunció a proseguir sus conquistas, para dar a Luis XII el apoyo de sus tropas. El ejército francés llegó a Roma a fines de junio, y se dirigió hacia el reino de Nápoles, algunas de cuyas plazas habían sido cedidas por el rey Federico a Gonzalo de Córdoba, general en jefe de las fuerzas españolas. Los franceses se apoderaron, el 25 de julio, de Capua, donde César Borgia permitió a sus tropas cometer atrocidades. Cuando el rey Federico pidió ayuda a los españoles para rechazar a los franceses, se enteró de la traición de que había sido víctima. Pronto tuvo que capitular, y cuando Nápoles cayó fue teatro de odiosos excesos. El rey Federico, que se había rendido a los

franceses, fue conducido con toda su familia a Francia, donde fue tratado con honor.

César Borgia regresó del reino de Nápoles para proseguir sus conquistas en el centro de la península. Se apoderó de Piombino, aliado de Florencia. Durante el año 1501, Maquiavelo fue enviado varias veces a Pistoya, para ocuparse de los problemas suscitados por la rivalidad de dos facciones. Pero pronto surgirían mayores dificultades. Vitellozzo Vitelli, feroz adversario de Florencia desde la ejecución de su hermano, con ayuda de los Orsini, aliados de los Médicis, fomentó una revuelta en la ciudad de Arezzo y el valle de Chiana. La República tuvo que retirar algunas de las tropas que sitiaban Pisa, y el rey de Francia, a sus instancias, envió tropas de Lombardía para ocupar las ciudades amotinadas. Maquiavelo, durante los meses de agosto y septiembre de 1502, fue más de una vez a Arezzo para ver que los capitanes franceses entregaran los lugares.

Siguiendo sus conquistas, César reunía a sus tropas en Spoleto, a fin de tomar Camerino, donde la antigua familia Varano ejercía la soberanía en calidad de vicarios de la Iglesia. A petición del Papa, el duque de Urbino le había enviado su artillería y víveres para sus tropas. Pero, en lugar de marchar contra Camerino, César avanzó sobre Urbino. El duque Guidobaldo, sorprendido por una felonía tan tremenda, no tuvo tiempo de organizar la defensa. Durante la noche huyó a caballo, con su sobrino y heredero, Francisco della Rovere, hijo de su hermana, y con una escolta de algunos caballeros. Con grandes esfuerzos llegaron a la ciudad, entonces veneciana, de Rávena, y finalmente a Mantua, donde su mujer, Isabel de Gonzaga, se encontraba con su familia.

Amo y señor de Urbino, César trató de enterarse de las disposiciones tomadas hacia él por la república de Florencia, y pidió a la Señoría enviarle un emisario.

Ésta despachó a Urbino a monseñor Soderini, obispo de Volterra, acompañado de Maquiavelo. Llegados a Urbino el 24 de junio, los viajeros fueron recibidos esa misma tarde por César, en un palacio "extremadamente bien guardado". Ésta fue la primera vez que Maquiavelo se encontró en presencia de César Borgia. Pueden imaginarse sus sentimientos ante un hombre cuya vida escandalosa y cuyos crímenes eran conocidos de todos en la península, y de quien Florencia tenía que desconfiar, puesto que César había invadido su territorio por la vertiente septentrional de los Apeninos, y autorizado a sus capitanes para fomentar el levantamiento de Arezzo y el valle de Chiana. César recibió con altanería a los dos enviados florentinos. Su lenguaje fue arrogante y les presentó un ultimátum: la República debía declararse con él o contra él. Monseñor Soderini respondió que si el duque de Valentinois deseaba ser amigo de la República, empezaría por ordenar a Vitellozzo retirar sus tropas del territorio florentino.

Los despachos enviados de Urbino a la Señoría son de la mano de Maquiavelo y están firmados por Francisco Soderini, el más importante de los dos emisarios por su edad, por su calidad de obispo y porque su hermano, uno de los principales personajes del gobierno florentino, pronto sería elegido gonfalonero de por vida. Acaso sedujeran a Maquiavelo las maneras de César, que era un hombre elegante. Sin duda admiró su determinación, pero forzosamente tuvo que ver en él a un enemigo de su patria, y no podía desear que ese hijo sacrílego de un papa licencioso lograra sus designios de crearse en el centro de la península un importante Estado, que amenazaría a Florencia.

Maquiavelo regresó a Florencia para informar de viva voz a la Señoría de las disposiciones de César contra la República, en tanto que monseñor Soderini

se quedaba en Urbino, donde tuvo nuevas entrevistas con César, cuya actitud hacia Florencia cada vez era más hostil.

De nuevo en Florencia, Maquiavelo aprovechó un breve respiro que le concedieron los asuntos oficiales para casarse. Se desposó con la joven Marieta Corsini, perteneciente a una antigua familia florentina. Habría de darle cinco hijos: cuatro varones y una niña. Marieta, a quien Maquiavelo amó sinceramente, sin embargo no desempeñó un papel importante en su vida. Raras veces habla de ella y de sus hijos en las numerosas cartas suyas que poseemos, aunque es probable que muchas hayan desaparecido. Por ciertos matrimonios con los Ricci, los Riccardi y los Seristori, la descendencia de Maquiavelo ha llegado hasta nuestros días. Sus herederos de la decimotercera o decimocuarta generación, son aún propietarios de la casa de campo, a siete millas de Florencia, donde Maquiavelo escribió su obra, y guardan piadosamente el recuerdo de su ilustre antepasado.

Después de la conquista de Urbino, César se apoderó de Camerino (julio de 1502), y pocos meses después mandó estrangular al señor de la ciudad, Julio César de Varano, y a sus hijos. Cuando Luis XII llegó a Italia en el verano siguiente, los señores desposeídos por César se dirigieron a Milán, para exigir justicia al rey. Gestión inútil. Luis XII era aliado de César, y éste, que también había ido a Milán a saludar al rey, lo acompañó a Génova, y obtuvo su apoyo para proseguir las conquistas.

Los señores despojados por César, y quienes se sentían amenazados por él, celebraron entonces una dieta en el castillo de Magione, cerca de Perusa, y entre ellos cerraron una alianza. Se encontraban presentes los Orsini, el hijo de Juan Bentivoglio de Bolonia, Vitellozzo Vitelli, Juan Pablo Baglioni, señor de Perusa, y un representante de Pandolfo Petrucci, tirano

de Siena. Florencia, invitada al castillo de Magione, no estuvo representada. Ciertamente, temía los actos de César, pero, aliada de Francia, no deseaba tomar partido abiertamente contra el duque, quien era igualmente su aliado. Decidió entonces enviar a César un emisario para darle a conocer su actitud y, al mismo tiempo, sondear las intenciones del duque. Para cumplir con esta misión fue escogido Maquiavelo, quien recibió de su gobierno instrucciones precisas.

A principios de octubre (1502), Maquiavelo llega a Imola, donde se encuentra el duque. En el curso de la legación, que durará tres meses, tendrá con él una veintena de entrevistas. Se esfuerza por penetrar sus intenciones, pero César es sumamente discreto, y también quienes lo rodean. Maquiavelo admira la inteligencia y la determinación del duque. Sin embargo, como el año anterior en Urbino, ve en él al más peligroso enemigo de Florencia. César trata de seducir a Maquiavelo y de vencer su desconfianza. Llega incluso a proponer que la República, siempre en busca de un *condottiero*, se dirija a él. Maquiavelo responde que el duque es un personaje demasiado grande para que la República pueda pretender ponerlo a sueldo y que, por otra parte, carecería de medios de pagarle. Maquiavelo escribe dos o tres veces por semana a la Señoría, y sus numerosos despachos, una cincuentena, son cautivadores. Nos prueban que Maquiavelo nunca se dejó engañar por el duque y que no dejó de poner al gobierno florentino en guardia contra él.

A Imola llegan noticias de la revuelta de Urbino. La defección de los Orsini y de Vitellozzo había impedido a César mantener fuertes guarniciones en las ciudades conquistadas. Guidobaldo de Urbino, refugiado en Venecia, se apresura a volver a su ducado, cuya población lo aclama. Maquiavelo, quien sostiene largas conversaciones con César, admira su calma y la habilidad con que se pone a negociar con sus adver-

sarios. César se esfuerza por romper la unión de los confederados de Magione, que ya no están muy de acuerdo, y apremia a la Señoría a concluir con él un tratado de amistad, proyecto al que Maquiavelo, en sus informes, se opone vivamente, pues considera que no sería prudente fiarse de él.

El duque ha maniobrado tan bien que logra entenderse con sus antiguos *condottieri* y volverlos a poner a sueldo. Reforzado su ejército, se dispone a entrar en campaña. Desea reconquistar el ducado de Urbino y adueñarse después de Perusa, de donde expulsará a Juan Pablo Baglioni. Dada la poca confianza que puede tenerse en tropas mercenarias, Maquiavelo, en uno de sus despachos, vuelve a la idea, en la que siempre ha insistido, de que un Estado necesita disponer de tropas reclutadas en su territorio, es decir, de un ejército nacional. En Novara, a Ludovico Sforza lo han traicionado sus tropas, y en Pisa los ejércitos del rey, integrados por suizos y gascones, se han amotinado. También el duque César ha sido víctima de la defección de sus *condottieri*. "Os mando estas novedades —escribe Maquiavelo— para probaros que cuando estallan desórdenes en otro Estado, éste no tiene menos gastos que el nuestro ni es mejor servido por las tropas que pone a sueldo, en tanto que un poder sostenido por una milicia bien armada y escogida en su propio seno, siempre puede mostrar idénticas ventajas."

Pese al interés de la misión, Maquiavelo no deja de pedir a la Señoría su regreso. El 10 de diciembre de 1502, el duque se pone en marcha, a la cabeza de un poderoso ejército. Maquiavelo, con los demás oradores, debe seguirlo. Como en Francia, se queja de falta de dinero: "No tengo con qué dar de comer a mis domésticos y a mis caballos, que no pueden vivir de promesas."

Como era de preverse, en el reino de Nápoles habían surgido pugnas entre franceses y españoles. Llegaron a las manos, y tal fue el comienzo de la interminable guerra que enfrentó a Francia con España. Las tropas francesas que Luis XII había puesto a disposición del duque fueron llamadas a Milán. En Cesena ocurre un episodio que Maquiavelo narrará en *El príncipe*. El teniente general de César en Romaña, un español de buena cuna, don Ramiro de Lorca, había cometido muchas crueldades para mantener el orden en el país. El duque ordenó su muerte, para hacer creer a la población que censuraba su conducta.

Los *condottieri* que César había vuelto a poner a sueldo, sobre todo Vitellozzo y los dos Orsini, enemigos declarados de Florencia, una vez más propusieron al duque atacar al Estado florentino. César volvió a negarse, porque Florencia era aliada de Francia, pero consintió en que se apoderaran de Sinigaglia, sobre la costa del Adriático.

El 20 de diciembre, César salió de Fano con su ejército. En camino, confió a ocho de sus íntimos su siniestro proyecto: apoderarse de los *condottieri* y hacerlos matar. Cuando el duque se encontró ante la ciudad, Vitellozzo y dos de los Orsini —Paolo y el duque de Gravina— salieron a su encuentro, a caballo, rodeados por un número reducido de caballeros. Oliverotto da Fermo se había quedado en Sinigaglia; el duque mandó llamarle y él no tardó en presentarse. Los *condottieri* habían distribuido sus tropas en las fortalezas de los alrededores, excepto en la de Oliverotto. César entró en la ciudad con los *condottieri*. Éstos, después de conducir al duque hasta la morada que le habían preparado, trataron de volver a sus tropas. César los retuvo, diciéndoles que deseaba ponerles al tanto de sus proyectos. Detrás de él, penetraron en la casa, y luego en una habitación en la que podrían conversar sin ser interrumpidos. Habiéndolos

abandonado César con un falso pretexto, se encontraron encerrados. Habían caído en la trampa. César dio orden de desarmar a sus tropas. Las que no se encontraban en la ciudad se reagruparon y no fueron atacadas. Aquella misma tarde, el duque hizo llamar a Maquiavelo. Le informó de lo que había hecho y lo invitó a regocijarse con él del suceso. Vitellozzo y Oliverotto fueron estrangulados esa misma noche, los dos Orsini unos veinte días después, cuando de Roma llegó la noticia de que el cardenal Orsini era prisionero del Papa.

Se ha reprochado a Maquiavelo no haber expresado su indignación por la felonía del duque en el relato —poseemos tres— que hizo del *bellísimo inganno* de Sinigaglia. Se ha pretendido que fue confidente del duque, y aun su cómplice. Ahora bien, los despachos de Maquiavelo no permiten sostener semejante opinión. Ciertamente, César Borgia no confió sus proyectos a Maquiavelo, quien se hubiera apresurado a comunicarlos a la Señoría de Florencia. Si Maquiavelo no ha censurado la trampa de Sinigaglia fue porque Vitellozzo y los Orsini eran enemigos de Florencia, y él debió alegrarse de su fin.

Después de la toma de Sinigaglia, César, en invierno y todo, se dirige a Umbría. Deseaba expulsar de Perusa a Juan Pablo Baglioni, uno de los conjurados de Magione, y después, de Siena, a Pandolfo Petrucci, que también era su enemigo. Baglioni no trató de resistir, y para evitar a la ciudad los horrores de un sitio, fue a refugiarse a Siena.

Maquiavelo siguió al duque hasta Castello della Pieve y volvió a Florencia cuando un embajador llegó a reemplazarlo ante César. Petrucci huyó de Siena, pero César no entró allí, pues el rey de Francia tomó la ciudad bajo su protección. Llamado por el Papa, al que amenazaban los Orsini, César Borgia se puso

en camino y permitió a sus tropas cometer los peores excesos en las ciudades y pueblos situados entre Siena y Roma.

En la primavera, los franceses sufrieron graves reveses en el reino de Nápoles, y Gonzalo de Córdoba tomó la capital. Luis XII reunió un nuevo ejército que iba a franquear los Alpes cuando sobrevino la muerte de Alejandro VI. Probablemente el Papa sucumbió a un acceso de fiebre, pues el paludismo causó ese año numerosas víctimas en Roma.

La muerte de Alejandro VI causó satisfacción en la península y en toda la cristiandad. El Papa había sido unánimemente odiado y despreciado. César, asimismo inmovilizado por la enfermedad, veía venirse abajo sus proyectos. Poco antes había dicho a Maquiavelo que podía confiar en el porvenir, puesto que el Papa no lo dejaría en apuros financieros, ni el rey de Francia quedarse sin soldados. Ahora bien, el rey de Francia, vencido en el reino de Nápoles, ya no podía ofrecerle el apoyo de sus tropas y, muerto su padre, César ya no contaba con los recursos de la Iglesia. No obstante, durante la agonía del Papa, César se había apoderado del tesoro pontificio, y también poseía sumas considerables en los bancos de Génova. Pero todos sus enemigos se levantaron contra él. Los señores expulsados de Romaña volvieron a sus ciudades, así como Juan Pablo Baglioni a Perusa, Jacobo de Appiano a Piombino y Guidobaldo de Montefeltro a Urbino.

Hombres de guerra de la talla de Francisco Sforza o de Segismundo Malatesta habrían ido a defender con las armas en la mano su ciudad o su Estado. Al duque la empresa se le habría facilitado gracias a la fidelidad de los capitanes españoles que aún conservaban un gran número de plazas en Romaña. Pero César esperó recibir del Papa que sucedería a su padre la confirmación de sus títulos y privilegios. Además, podía influir sobre la elección del nuevo pontífice,

porque los once cardenales españoles que habían recibido el capelo de manos de su padre seguían siéndole fieles y en el cónclave sólo votarían por un cardenal que le fuera favorable.

El nuevo Papa, Pío III Piccolomini, efectivamente debió su elección a los cardenales españoles y confirmó los títulos y privilegios de César. Éste, que había sido obligado a abandonar Roma con sus tropas, logró regresar. Pero, en tanto que, una después de otra, iba perdiendo las ciudades de su ducado de Romaña, en la propia Roma sus enemigos se levantaban contra él. César tuvo que abandonar su palacio y refugiarse en el Vaticano. Pío III no pudo soportar las fatigas del ceremonial y las responsabilidades de su cargo, y falleció. Amenazado por los Orsini, César Borgia fue a encerrarse en el castillo de San Ángel.

En ocasión de la muerte de Pío III, Maquiavelo fue encargado de presentar al Sacro Colegio las condolencias del gobierno florentino. También debía informar a la Señoría de Florencia de la evolución del cónclave y, después de la elección del nuevo Papa, trasmitirle las felicitaciones de la república de Florencia.

Maquiavelo llega a Roma a fines de octubre de 1503. Inmediatamente lo reciben el cardenal Soderini —hermano del gonfalonero, encargado de los intereses de Florencia en Roma— y el cardenal de Amboise, arzobispo de Ruan, representante de los intereses de Francia. Pasará tres meses en Roma, en el curso de los cuales mandará numerosos despachos —poseemos una veintena— a su gobierno. Estos despachos nos informan de los acontecimientos. Revelan la irresolución de César Borgia, las faltas que cometió y la satisfacción que sintió Maquiavelo ante su caída.

En el cónclave que siguió a la muerte de Pío III, el cardenal Julián de la Rovere pronto se reveló como uno de los cardenales más aptos para llevar la tiara.

Huyendo de Alejandro VI, su mortal enemigo, había pasado más de diez años en el destierro. Por lo tanto, César habría debido dedicarse a tratar de apartarlo del trono pontificio. Pero el cardenal logró hacerle creer que había olvidado los antiguos agravios y que, si recibía la tiara, le devolvería sus títulos y privilegios. El duque tuvo la ingenuidad de fiarse de estas promesas. Una vez Papa, Julio II fingió cumplirlas... al principio. Pero quienes conocían su carácter vengativo se asombraban de que César se hubiera dejado engañar. "El duque —escribe Maquiavelo— se ha dejado cegar por una confianza presuntuosa. Cree que la palabra de los otros vale más que la suya..." Antes de desembarazarse del duque, el Papa quería servirse de él, pues contaba con los capitanes españoles de César, que aún ocupaban muchas plazas en Romaña, para resistir a la república de Venecia. Ésta contaba con aprovecharse de la debilidad militar de la Iglesia para aumentar sus dominios en tierra firme. Ahora bien, Julio II, desde su ascenso al trono pontificio, estaba decidido a recuperar todo el patrimonio de la Iglesia. Ésta es la razón por la cual "pese a la aversión que siente por el duque —escribe Maquiavelo—, aún le tiene consideraciones". En noviembre (1503), César se había decidido al fin a volver a la Romaña, pero necesitaba obtener de la Señoría de Florencia un salvoconducto para sus tropas. Maquiavelo trasmitió a Florencia la demanda del duque. La Señoría la rechazó. El furor de César estalló. Hizo responsable a Florencia de todos sus infortunios, y volvió a amenazarla. La última entrevista que Maquiavelo sostuvo con el duque fue tan penosa como lo fuera la primera, tres años antes, en Urbino.

En noviembre, los franceses sufrieron en el reino de Nápoles una cruel derrota sobre el Garigliano. Imprudentemente, habían hecho a sus tropas pasar el río, por entonces crecido. No pudieron sostenerse en la

otra orilla, ni replegarse. Las pérdidas fueron graves. Pedro de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, que combatía en el ejército francés, murió ahogado durante la acción.

Aunque no hubiese podido obtener para sus tropas el salvoconducto necesario, César les hizo tomar el camino de la Romaña. Él mismo, con sus hombres de infantería, se dirigió a Ostia para embarcarse en los tres navíos que el Papa había puesto a su disposición. Contaba con ir a Génova para retirar allí los fondos que tenía en los bancos, y después a Milán, donde pensaba obtener el apoyo de las tropas francesas para reconquistar la Romaña.

En tanto que César esperaba en Ostia, para hacerse a la mar, a que el viento le fuera favorable, llegó a Roma una noticia que provocó la cólera del Papa. El mensajero enviado por él a Cesena, provisto de una orden firmada por César, para que le fuera devuelta la fortaleza, había sido colgado por el comandante español, que creyó en un engaño. Julio II hizo responsable del hecho al duque. Ordenó que lo detuvieran en Ostia y que lo llevaran prisionero a Roma. Al mismo tiempo, enviaba correos a Perusa y a Siena para que desarmaran a las tropas de César que se dirigían a la Romaña. El resentimiento de Julio II para con Venecia, que se había apoderado de Faenza, conduciría a la Liga de Cambray, donde toda Europa se coaligó contra ella.

Maquiavelo, que no volvió a ver al duque cuando éste regresó de Ostia, sólo le dedica unas cuantas líneas en sus despachos. Si durante su misión en Imola había admirado la sangre fría y la determinación de César, aunque poniendo a la Señoría en guardia contra él, durante su legación ante Julio II en Roma lo juzga severamente. Le ve acumular los errores, dejarse engañar por las disposiciones del Papa, y mostrarse incapaz de tomar una decisión. Por lo tanto, no es-

catima los sarcasmos. Ahora bien, trece años después, en el *Tratado del príncipe*, dedicado a Lorenzo II de Médicis, quien acababa de conquistar, por voluntad de su tío León X, el ducado de Urbino, Maquiavelo sólo tendrá elogios para César Borgia, y lo pondrá como modelo al joven príncipe. De la sinceridad de tales elogios no dudarán aquellos que sólo conocen superficialmente los escritos de Maquiavelo, es decir, quienes sólo han leído *El príncipe*. Pero su correspondencia diplomática nos permite ver cómo juzgaba verdaderamente a César Borgia. Veremos que en *El príncipe* tuvo que disimular sus pensamientos, puesto que la obra fue escrita con un designio interesado, en tanto que, en sus despachos, expresa sus ideas libremente.

César Borgia era un hombre inteligente, hábil, elegante, generoso. Maquiavelo admiró su dominio de sí mismo y el secreto de que sabía rodearse. Devorado por la ambición, César soñó con fundar en la península un Estado importante, pero no tuvo los dones políticos que le habrían permitido establecerlo sólidamente. Su poderío se edificó gracias al Papa, que le concedió una parte importante de los dominios de la Iglesia, y a la complicidad de Luis XII. A la muerte de Alejandro VI, él mismo contribuyó a su hundimiento. En la península, se había hecho odiar de todos, y no resulta razonable que un príncipe o un Estado sólo tenga enemigos. Los capitanes españoles que se mantuvieron fieles a César lo esperaron en vano en la Romaña. César habría debido tratar de mantenerse, por sus propios medios, a la cabeza de su ducado, y no contar con el sucesor de su padre para conservar títulos y privilegios.

Si en *El príncipe* Maquiavelo ha puesto a César Borgia como modelo ante el joven duque de Urbino, es porque consideró útil ofrecerle el ejemplo de un príncipe que, trece años antes, pudo constituirse un

importante Estado, gracias al apoyo de su padre, el Papa Alejandro VI, y al del rey de Francia. Ahora bien, en 1516, el joven Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, también podía apoyarse, si acariciaba proyectos ambiciosos, en su tío, el papa León X, y en Francisco I, que le había prometido la mano de una princesa francesa con la que, efectivamente, habría de contraer nupcias.

Apenas vuelto a Roma, en diciembre (1503), Maquiavelo tuvo que volver a ponerse en camino. Lo enviaban a Francia para llevar nuevas instrucciones al embajador de Florencia, Francisco Vallori. Se trataba de informar al rey de los peligros a los cuales estaba expuesta la República, aliada suya, por una parte ante los venecianos, y por otra ante los españoles. Luis XII aún ocupaba el Milanesado, pero la derrota de sus tropas sobre el Garigliano y la capitulación de Gaeta (1 de enero de 1504) hacían a los españoles definitivamente, dueños del reino de Nápoles.

Maquiavelo llega a fines de enero (1504) a Milán, y es recibido por el gobernador, mariscal de Chaumont, sobrino del poderoso cardenal de Amboise quien, a pesar de los acontecimientos recientes, se muestra optimista. Tenía confianza en sus suizos. En cuanto a los venecianos, dijo a Maquiavelo, "les haremos dedicarse a la pesca".

Maquiavelo viaja a Lyon, donde se encuentra la corte. Acompaña al embajador a la casa del cardenal de Amboise, primer ministro, que después de haber escuchado a los florentinos distraídamente "se queja de las continuas dolencias de la Señoría". El embajador y Maquiavelo van a ver a Robertet, también prevenido contra los florentinos.

Veremos luego que los florentinos tenían razones de inquietarse por la situación política. Luis XII negociaba una tregua con el rey de España. Será pactada en febrero, para tres años. El rey renunciaba al reino

de Nápoles, que tantos esfuerzos y cuidados le había costado, tantos hombres y tanto dinero. A pesar de sus fracasos no se mostraba abatido, y estaba reuniendo un poderoso ejército, sin que se conocieran sus intenciones.

Apenas de regreso en Florencia, Maquiavelo es encargado (en abril de 1504) de una nueva y corta misión ante el duque Jacobo de Appiano, en Piombino. Por aquel entonces, César Borgia obtuvo del Papa un salvoconducto para dirigirse a Nápoles. Creía actuar hábilmente al abandonar el partido francés, ya que los españoles eran ahora los amos del reino de Nápoles. Fue éste un nuevo error político. César renegaba de su pasado, renunciaba a sus feudos franceses: Valence, Die, Issoudun, y perdía toda esperanza de volver a ver próximamente a su mujer y a su hija. Recibido en Nápoles con consideración, bien pronto fue detenido por mandato del Papa, y enviado bajo custodia a España. El rey Fernando, que lo consideraba como un español felón, puesto que había sido el aliado de su enemigo, lo hizo encerrar en el castillo de Medina del Campo. Allí pasó cerca de dos años. Valerosamente, logró evadirse y llegar a Navarra, donde reinaba su cuñado. Pereció en marzo de 1507, en una escaramuza durante el sitio de Viana.

En esta época Maquiavelo va a manifestar por vez primera sus disposiciones literarias, publicando una obra poética compuesta, según se dice, en dos semanas. Se trata de la *Primera decenal*: quinientos versos escritos en la forma dantesca, que cuentan los acontecimientos ocurridos en Florencia en el curso de los últimos diez años. Escasas cualidades poéticas adornan la narración de los hechos, pero esta crónica versificada, en la que se exaltaba el sentimiento nacional florentino, obtuvo un éxito sonado, aunque efímero.

Cinco años después, Maquiavelo publicará la *Segunda decenal*, en la que narrará los acontecimientos

ocurridos entre 1504 y 1509, sobre todo la expedición militar de Julio II, los episodios de la Liga de Cambray contra los venecianos, su derrota en Agnadello, y las empresas del emperador, pronto abandonadas.

En septiembre de 1504, Luis XII añadía un nuevo error a los que antes cometiera: concluyó con el emperador Maximiliano el tratado de Blois, hacia el cual los historiadores se muestran unánimemente severos. Mediante aquel tratado, cedía en matrimonio a su hija mayor, Claudia, al nieto del Emperador, Carlos de Luxemburgo, el futuro Carlos V, y aseguraba a los futuros esposos la posesión de la Borgoña, de la Bretaña, de Blois, del condado de Asti y de Génova. Es decir, mediante ese tratado perdía dos grandes provincias del reino y se reconstituía el ducado de Borgoña, cuyo poderío tanto inquietara aún no hacía mucho a la monarquía francesa. Estupefactas, las personas prudentes del reino se enteraron de las cláusulas del tratado, afortunadamente rechazado, en 1506, por los Estados Generales reunidos en Tours.

Maquiavelo prosiguió su carrera itinerante. En abril de 1505 se encuentra en Perusa ante Juan Paolo Baglioni, para un asunto de *condotta*, es decir, de contrataciones militares. Baglioni afirmaba que no podía alejarse de Perusa porque se hallaba rodeado de enemigos, pero Maquiavelo sospechaba que estaba intrigando contra Florencia con Pandolfo Petrucci. En el mes de mayo, Maquiavelo se dirige a Mantua para la ratificación —que, por cierto, no se efectuó— del tratado firmado con Florencia. En julio de 1505 está en Siena, al lado de Pandolfo Petrucci, cuya habilidad política admiraba, por mucho que desconfiara de él. Se trataba de sondear sus intenciones en la coyuntura del momento.

La misión siguiente lo condujo a Pisa (agosto de 1505). Los florentinos habían obtenido sobre las tropas de Bartolomeo de Alviano, un triunfo que espe-

raban explotar. Pero primero querían vengarse de los lucenses, que habían favorecido a Alviano. La Señoría escribió a Giacomini, comandante de las tropas: "Nuestra intención formal es que antes de presentaros ante Pisa para emprender el asalto, ataquéis el Estado de Lucca, para que entréis a saco, lo destruyáis y lo entreguéis a las llamas, no omitiendo nada que pueda hacerle daño, y teniendo especial cuidado de demoler Viareggio y todas las otras plazas de alguna importancia." Se ve cuáles eran los sentimientos de los florentinos, en todo el esplendor del "Renacimiento", hacia un Estado vecino, de la misma raza y la misma lengua.

Maquiavelo llegó ante Pisa para vigilar los preparativos militares. El gobierno florentino había tomado a sueldo al marqués Malaspina y al marqués de Massa, que ejercían el cargo de *condottieri*. Este nuevo esfuerzo, como los precedentes, terminó en un fracaso. Una vez más, Maquiavelo pudo darse cuenta de las disposiciones que manifestaban las tropas mercenarias. No sentían ninguna hostilidad hacia los pisanos, y por consiguiente peleaban mal. Por lo tanto, al volver del campo de Pisa ante el gobierno florentino, se abogó una vez más por la idea, que sostenía desde hacía años, de dotar a la República de un ejército nacional, es decir, de soldados de su propio territorio. El proyecto fue adoptado por fin.

Fue para Maquiavelo el principio de una nueva carrera. Sin dejar de cumplir con sus funciones en la cancillería, se volverá reclutador militar. Durante el invierno (1506) recorre la Toscana, visita las ciudades y aldeas, a fin de inscribir a los hombres capaces de llevar las armas. Los soldados se agrupan en compañías. De Florencia llegan instructores, armas y pendones. Hasta entonces, Maquiavelo recibía instrucciones. Ahora es su propio amo, satisfecho de saber que todas las medidas que tome han de ser aprobadas.

En el mes de agosto se le confía una nueva misión diplomática. Debe presentarse ante Julio II, que se disponía a emprender una vasta operación militar, llamada por él "cruzada", para hacer tomar a la obediencia de la Santa Sede todo su patrimonio temporal. El Papa mismo va a partir en campaña, acompañado de veintidós cardenales. A la cabeza de las tropas se llevarán la Cruz y el Santo Sacramento.

La Señoría de Florencia encarga a Maquiavelo que felicite a Julio II por la santa empresa, al mismo tiempo que le lleva una respuesta negativa a la demanda que el Papa había dirigido al gobierno florentino de poner tropas a su disposición.

Aprovechando el desplome del ducado de Romaña, la república de Venecia, que ya poseía Cervia y Rávena, se había apoderado de Faenza y de Cesena, y había comprado Rímini (diciembre de 1503) a Pandolfo IV Malatesta, último de su dinastía. El Papa había protestado solemnemente, y se lanzaba a la guerra para recuperar el patrimonio de la Iglesia. Maquiavelo seguirá al Papa en su expedición. Los despachos que envía a su gobierno nos informan de las peripecias de la campaña y nos ofrecen un pintoresco cuadro de las costumbres de la época.

Maquiavelo alcanza al Papa en Nepi (28 de agosto de 1506), y se presenta ante él el día siguiente, después de la comida. Transmite al pontífice los sentimientos de devoción de la Señoría de Florencia, al mismo tiempo que le expresa cuánto lamenta ésta no poder separarse de Marco Antonio Colonna y de sus tropas, únicas de que dispone la República y que siguen enzarzadas —¡ay!— en la guerra de Pisa.

Viterbo constituye la primera etapa de la expedición, y Orvieto la segunda. Durante el día, cabalgando juntos, se habla y se discute. Por la noche se apiñan en los albergues. El 13 de septiembre de 1506, el Papa hace una entrada solemne en Perusa, donde Juan

Pablo Baglioni no se ha atrevido a resistir. Sus tropas han salido de la ciudad, en tanto que los proscritos regresan y obtienen la restitución de sus bienes.

El Papa vuelve a ponerse en camino. Sus etapas son Gubbio, Urbino, San Marino, San Arcángel, Cesena y Forli. El marqués de Mantua es nombrado capitán general de las tropas que habrán de echar de Bolonia a Bentivoglio. Maquiavelo vuelve a encontrarse en Imola, donde tres años antes se le encargara una misión ante César Borgia. Cuando llega el embajador de Florencia Fransco de Pepi (26 de octubre), Maquiavelo vuelve a la República.

El rey de Francia abandonó a Juan Bentivoglio, aliado suyo, para complacer a su ministro, el cardenal de Amboise, quien soñaba con ceñirse un día la tiara. Carlos de Amboise, gobernador de Milán, sobrino del cardenal, llegó a ponerse a disposición del Papa con ocho mil hombres, y comenzó por apoderarse de Castelfranco. Bentivoglio no intentó resistir, y se refugió en el campamento francés. Una delegación de los magistrados de Bolonia llegó a ofrecer la ciudad al Papa, quien el 11 de noviembre de 1506 hizo allí su entrada con gran aparato militar. Erasmo, quien se encontraba entonces en Bolonia, se escandalizó.

Apenas instalado en la ciudad, el Papa ordena la construcción de una gran fortaleza.

Maquiavelo pasó el invierno en Florencia. En la primavera siguiente (mayo de 1507), de nuevo fue encargado de una misión en Piombino, ante Jacobo de Appiano, y en el mes de agosto fue enviado a Siena para informar al gobierno florentino de las relaciones que sostenía Pandolfo Petrucci con el Papa y de la importancia del séquito del legado que Julio II enviaba al Emperador. En la península no se hablaba más que de la próxima llegada a Italia de Maximiliano, que se haría coronar en Roma. Algunos Estados contaban con obtener ventajas del "descenso" del Emperador:

Pisa, el reconocimiento de su independencia; el duque de Ferrara, la investidura de Módena y de Reggio. Como el Emperador vivía en continua penuria de dinero, el proyecto era para él un medio de obtenerlo. Cada Estado, para ganárselo, le prometía dinero, aunque lo menos posible. Julio II le enviaba una magnífica embajada, que Maquiavelo —quien la vio pasar en Siena— nos ha descrito. Puede notarse el prestigio que aún tenía en Italia el emperador germánico, aunque a menudo se ridiculizara la inconstancia de Maximiliano.

En la dieta convocada por el Emperador, cada Estado se hizo representar. Florencia envió a Francesco Vettori, a quien Maquiavelo iría a alcanzar al fin del año. Maximiliano debía llegar a Italia con un poderoso ejército (se hablaba de veinticinco mil caballeros y de veinticinco mil infantes), y pedía a todos los príncipes y a las comunidades del Tirol que pusieran dinero a su disposición. Al mismo tiempo, pedía prestadas sumas considerables a los Fugger, los célebres banqueros de Augsburgo. Como Florencia era aliada de Francia, la situación de su embajador era difícil en la corte del Emperador.

Maquiavelo tuvo que llevar a Francisco Vettori, que se encontraba en Bolzano, las últimas instrucciones del gobierno florentino. La República estaba dispuesta a dar al Emperador hasta cincuenta mil ducados, pero era necesario empezar ofreciendo mucho menos y estipular que la mayor parte de la cantidad sólo sería entregada en Italia; era ésta una sabia disposición, porque Maximiliano podía renunciar súbitamente a la empresa. Había que precisar bien que Florencia no tendría nada más que pagar y que su autoridad seguiría siendo completa sobre todas las ciudades, aldeas y fortalezas de su territorio.

Como ya se habían iniciado las hostilidades entre el Imperio y Venecia, Maquiavelo no pudo dirigirse a

Bolzano por la vía más rápida, que es el valle del Ádige. Tuvo que pasar por Ginebra, Constanza, Arlberg, Innsbruck y el Brenner. Finalmente llegó a Bolzano (11 de enero de 1507). Pero había tenido que destruir las cartas de que era portador, pues hasta los viajeros encargados de misiones eran registrados con el máximo rigor.

Las negociaciones prosiguieron durante un mes. Monseñor de Gurck considera insuficientes las sumas que ofrece Florencia. Hay amenazas de despedir al embajador de Ferrara. Tan sólo Pandolfo Petrucci, señor de Siena, ha entregado algunos fondos. Los despachos enviados a Florencia son de la mano de Maquiavelo y van firmados por Francisco Vettori. Sin duda habían sido redactados en común, pues Vettori tenía en gran estima la inteligencia y el sentido político de Maquiavelo. Éste, desde la primera carta, pide regresar. Para nosotros es sorprendente que no haya deseado conocer mejor un país en que se encontraba por vez primera. Verdad es que el invierno es crudo en Bolzano y que Maquiavelo, como antes en Francia, se encuentra sin dinero y obligado a pedir prestado a su colega.

Vettori y Maquiavelo carecen de noticias de Florencia desde hace mucho, cuando por fin llega un correo, pero éste ha tenido que ocultar en uno de sus zapatos la carta que lleva, la cual es ilegible. De Florencia llegará otra carta, asimismo indescifrable, porque habiendo viajado en un pan, se humedeció y después se resecó.

El Emperador se decide a dirigir tres ataques: sobre el valle del Ádigie, sobre el Friuli, y sobre Vicenza. Para sorpresa general, las hostilidades se interrumpen de súbito. Maximiliano regresa a Bolzano y, con intención de obtener nuevos subsidios, convoca a una dieta en Ulm. Los venecianos arrebatan a las tropas del emperador Gorizia, Pordenone y Trieste, y se apoderan

de Fiume, en Dalmacia. Las tropas alemanas, al expirar sus seis meses de paga, vuelven a su país, lo que confirma a Maquiavelo en su opinión de que un Estado no debe confiar más que en las tropas reclutadas en su territorio. La campaña del emperador ha sido un fracaso. Su posición se encuentra debilitada en el momento en que trata con Florencia. No obstante, en el mes de junio (1508) será firmada una tregua.

Maquiavelo, al que Vettori hubiera deseado conservar a su lado, finalmente puede abandonar Bolzano y, a mediados de junio, se encuentra de regreso en Florencia. Pasará el verano con las tropas florentinas que sitian Pisa, y desempeñará un papel activo en la última fase de la guerra, que ya toca a su fin.

Pero otros acontecimientos pronto retendrán la atención de Maquiavelo en la cancillería florentina. Las recientes conquistas de Venecia habían disgustado a la mayoría de los Estados italianos. Julio II, irritado al ver que Venecia había aprovechado el derrumbe de César Borgia para apoderarse de Faenza, de Cesena y de Rímini (ya poseía Rávena y Cervia), fue el instigador de la liga formada contra ella en Cambray (10 de diciembre de 1508), concluida entre Luis XII y el emperador Maximiliano, y en la que participaron, además del Papa, los reyes de Inglaterra, de Hungría y de Aragón así como los duques de Ferrara y de Urbino y el marqués de Mantua. Así, casi toda Europa se halla coaligada contra Venecia, y todos piensan enriquecerse con sus despojos. Fuerzas considerables se reunieron en uno y otro bando. El principal encuentro tuvo lugar en Agnadello (14 de mayo de 1509) donde el propio Luis XII se expuso, como lo había hecho Carlos VIII en Fornovo y como lo hará Francisco I en Marignano y —para su desdicha— en Pavía.

La derrota de Agnadello hizo perder a la Serenísima lo que había adquirido en siglos. Pero en esta circunstancia manifestó aquella energía de la que tantas pue-

bas diera en el curso de su historia. Dispensó a las ciudades de su territorio del voto de fidelidad, para evitarles los horrores de un sitio. Como Padua resistió al enemigo, el ejército veneciano volvió a la ofensiva, recuperó varias plazas e hizo prisionero, en Legnano, al marqués de Mantua, uno de los capitanes de la Liga.

Puede imaginarse el interés con que Maquiavelo seguía la marcha de los acontecimientos. Llevaba ya varios meses en el campamento de Pisa cuando la ciudad, incapaz de resistir más, se resolvió a capitular. Los negociadores que recibió Maquiavelo aceptaron entregar la ciudad, a condición de que la vida, los bienes y el honor de los habitantes quedaran a salvo. Nueve embajadores de Pisa son conducidos a Florencia, para tratar. Se llega a un acuerdo el 8 de junio (1509) y Pisa, después de una guerra que ha durado quince años, vuelve a quedar bajo el yugo de su enemiga.

Desde el otoño, Maquiavelo vuelve a su vida itinerante. Se dirige a Mantua para efectuar uno de los pagos que Florencia se había comprometido a hacer al Emperador. Es recibido por la esposa del marqués de Mantua, Isabel de Este, que gozaba de una gran reputación en la península por su belleza, su elegancia y el interés que manifestaba por las letras y las artes.

De Mantua, Maquiavelo se dirige a Verona, llena de tropas, pues seguían las hostilidades entre la Liga y la república de Venecia. En sus despachos describe notablemente cómo era por entonces, una ciudad en tiempos de guerra. Después retorna a Mantua y se inquieta al saber que se le va a enviar a Augsburgo, donde el Emperador ha convocado a una dieta. Afortunadamente, consigue volver a Florencia al fin del año.

Después de recuperar las ciudades del patrimonio de la Iglesia, Julio II se vuelve contra Francia. Sin embargo, ésta, por la victoria de Agnadello, había sido la que más contribuyera a abatir a Venecia. Para no

romper abiertamente con Luis XII, Julio II se volvió en primer lugar contra su aliado, el duque de Ferrara. Le envió la orden de cesar toda hostilidad contra Venecia, y como el duque no obedeciera inmediatamente, lo excomulgó. El Papa llegó a ordenar la confiscación de Ferrara y extendió la excomunión a todos los aliados del duque. Puede imaginarse la cólera de Luis XII al enterarse de esta noticia. Desde entonces soñó con vengarse de la ingratitud y de la perfidia del Papa, haciéndolo deponer en un concilio.

Julio II dio la investidura del reino de Nápoles al rey de Aragón, poniendo fin así a los derechos de la casa de Francia, originados en la investidura concedida por Urbano IV (en 1265) a Carlos de Anjou, hermano de San Luis. El papa espoleaba a los suizos a invadir la Lombardía, trataba de levantar en armas a Génova y atacaba los Estados del duque de Ferrara. Luis XII pidió a sus aliados florentinos que enviaran tropas en socorro de Alfonso de Este, pero la República deseaba conservar su ejército en previsión de un posible ataque, y también temía irritar al Papa. La Señoría, que por el momento carecía de embajador ante el rey, escogió a Maquiavelo para ir a exponerle la situación. La misión era delicada, pues Maquiavelo, además, debía tratar de dar ciertos consejos a Luis XII, cuya política era considerada detestable por los florentinos.

Ya tenemos de nuevo a Maquiavelo por los caminos. Atraviesa los Alpes, a principios de julio llega a Lyon y se dirige a Blois, donde está establecida la corte. El cardenal de Amboise había fallecido en el mes de mayo. Hombre culto, inteligente y amigo de las artes, desgraciadamente confundió la política de Francia con la suya propia y no pensó más que en satisfacer sus ambiciones de ceñirse la tiara pontificia.

Maquiavelo es recibido "con gran bondad" por el monarca. Éste desea saber si Florencia se pondrá de su lado en caso de que sean atacados sus Estados de Ita-

lia. En realidad, la guerra entre el rey y el Papa parecía inevitable, aunque todavía no se rompieran las relaciones oficiales. Maquiavelo, en agosto, sigue al rey a Chambord, donde aún se elevaba el antiguo castillo de los condes de Blois. Luis XII insiste en que Florencia envíe tropas en auxilio del duque de Ferrara, a quien el Papa acababa de arrebatar Módena. Maquiavelo ruega insistentemente al rey que no arrastre la República a la guerra, y demuestra que Florencia tiene necesidad de conservar sus fuerzas para defenderse, llegado el caso. Maquiavelo defiende tan bien la causa de su tierra, que el rey y los ministros acaban por darle la razón.

El rey parte rumbo a Tours, donde reúne un concilio, con el fin de levantar a la cristiandad contra Julio II y hacerlo deponer. Era un grave error de parte de Luis XII llevar al plano religioso el conflicto que lo oponía al Papa, y este error tuvo para Francia, así como para Florencia, fatales consecuencias.

Cumplida su misión, Maquiavelo vuelve a Florencia, donde lo esperan nuevas tareas. Debe recorrer el territorio de la República para inscribir a los hombres reclutados en el país, sobre todo a aquellos que servirán en la caballería. En diciembre de 1510 vuelve, una vez más, a Siena, ante Pandolfo Petrucci, pero pasa tranquilamente el invierno en Florencia.

En la primavera (mayo de 1512) fue enviado ante el señor de Mónaco, Luciano Grimaldi, para examinar un proyecto de convenio marítimo entre la república de Florencia y el pequeño Estado, convención que, por lo demás no fue ratificada.

No se trataba más que de una cuestión comercial sin gran importancia, en tanto que un asunto considerable, el del concilio, concentraba la atención de la cancillería florentina. En efecto, Luis XII había exigido de la Señoría que recibiera en Pisa al concilio, reunido inicialmente en Tours, donde el papa había sido llama-

do a comparecer para ser depuesto. Maximiliano había hecho aún más extravagante éste proyecto pretendiendo reemplazar a Julio II en el trono de San Pedro, conservando al mismo tiempo la corona imperial.

La adversidad parecía ensañarse contra Julio II: habiendo perdido Bolonia y las plazas de Ferrara, cayó gravemente enfermo, y su sobrino el duque de Urbino asesinó al cardenal Alidosi, a quien había sido agregado. Un concilio se reunía en Pisa para deponerlo, en tanto que un ejército francés marchaba sobre Roma. Ahora bien, el Papa, a quien se creía agonizante, se restableció y, dando pruebas de una rara energía, supo cambiar la situación a su favor y ponerse a la cabeza de una Liga Santa contra Francia.

La Señoría florentina, que había tenido que aceptar que el concilio se reuniera en Pisa, deseaba obtener del rey su traspaso a cualquier otra ciudad. A Maquiavelo le tocó la negociación. Este fue el motivo de su cuarto y último viaje a Francia. El rey había recibido ya la adhesión de una decena de cardenales. Maquiavelo, de camino, encontró otras cuatro que se dirigían a Pisa. Logró disuadirlos de seguir adelante, exponiéndoles los peligros que el concilio hacía correr a la República. Después franqueó los Alpes y llegó a Blois, donde se encontraba el rey. La República tenía ante él, como embajador, a Roberto Acciajoli. Luis XII recibe al embajador y a Maquiavelo (24 de septiembre de 1511). Se niega a disolver el concilio de Pisa y a trasladarlo a otra ciudad, pero acepta retardar la apertura.

A principios de octubre, Maquiavelo se encuentra de regreso en Florencia, donde reina la consternación, pues Julio II ha lanzado el entredicho contra la ciudad. Ha nombrado al cardenal Juan de Médicis su legado ante el ejército de la Liga, lo que fortifica en Florencia al partido medicista. El 5 de octubre se proclama la Santa Liga, formada contra Francia por el Papa.

Fernando de Aragón, la república de Venecia y los suizos. El rey de Inglaterra y el Emperador se adhieren a la Liga. Luis XII, a quien Florencia había unido su suerte, se encontraba ante una temible coalición. El concilio que se inauguró en Pisa (1 de noviembre de 1511) sólo logró reunir a siete cardenales, dieciséis arzobispos, obispos, algunos abades, teólogos y juristas. La población no se mostró favorable. Como la catedral le estaba negada, las sesiones debieron celebrarse en otra iglesia.

Maquiavelo, quien tan a menudo había llegado ante Pisa durante el sitio de la ciudad, volvió allí una vez más, por última vez en su vida. Llegó a suplicar a los prelados que celebraran sus sesiones en otra parte, para no atraer sobre la República la fulminación del Papa. Después de celebrar dos sesiones, los prelados ceden a los argumentos de Maquiavelo y deciden transferir el concilio a Milán.

Los preparativos militares seguían adelante en los dos bandos. Florencia debe armarse y Maquiavelo pasa el invierno reclutando tropas, esta vez en el territorio que la República poseía en la Romaña.

Luis XII no tenía la habilidad política de Julio II, pero su energía no era menor. A precio de oro, logra que los veinte mil suizos que marchaban sobre Milán regresen a su país. Envía a la península un nuevo ejército, comandado por Gastón de Foix, hijo de su hermana María de Orleáns. Se trataba de un apuesto joven, simpático y valeroso, pero sin experiencia, pues sólo tenía 23 años. Las tropas pontificias, unidas a las fuerzas españolas y venecianas, se disponían a invadir Lombardía. Gastón de Foix, a la cabeza de las tropas francesas, se apodera de Bolonia, aplasta a los venecianos, recobra Brescia, que libra al pillaje y, el día de Pascua (11 de abril de 1512), a pocos kilómetros de Rávena, entabla la mayor batalla de la época. Los franceses ganan, pero Gastón de Foix perece en

la acción, con la flor de la caballería francesa. En ambos bandos, las pérdidas son grandes. Los franceses toman prisionero al legado del Papa, cardenal Juan de Médicis (el futuro León X), a Fabricio Colonna y, entre otros jefes españoles, al marqués de Pescara, que después se vengará derrotando a los franceses en la Bicocca y en Pavía. En Milán se hicieron magníficos funerales a Gastón de Foix, que fue inhumado en la catedral. Todos los prisioneros de categoría, entre ellos el cardenal de Médicis, siguieron el cortejo fúnebre.

Julio II reunió nuevas tropas, a fin de continuar la lucha. Los franceses, cuyos jefes no se entendían entre ellos, tuvieron que abandonar Lombardía, y un levantamiento los expulsó de Génova. Francia se hallaba amenazada al sur por los españoles y al norte por los ingleses. Algunos meses después de la victoria de Rávena, Luis XII no poseía ya casi nada en Italia, y tenía que defender las fronteras de su reino. Por aliados en la península no tenía más que al duque de Ferrara, al señor de Bolonia, Juan Bentivoglio, y a la república de Florencia. Tal era el resultado de trece años de guerras, cuyas pérdidas en hombres y dinero habían sido cuantiosas.

El duque de Ferrara obtuvo el perdón del Papa y acudió a humillarse ante él en Roma. Los coaligados, reunidos en congreso en Mantua, hicieron labor de restauración: los Sforza serían restablecidos en Milán y los Médicis en Florencia. La república de Florencia se disolvería por haber sido aliada de Francia y por haber acogido en Pisa el concilio que había de deponer al Papa. Sin apoyo en la península y casi sin ejército, Florencia estaba resuelta, no obstante, a defenderse.

Durante el mes de mayo, Maquiavelo recorre, una vez más, el territorio de la República a fin de reclutar tropas y de levantar el ánimo de la población. Va a Pisa y después a Siena, a visitar a Pandolfo Petrucci.

En junio se encuentra en Poggibonsi, después otra vez en Pisa y finalmente en el valle de Chiana. En Florencia se cavan trincheras y se envían tropas a las fronteras. Durante los meses de julio y agosto, los preparativos militares continúan activamente. No pudiendo contar más que con sus propias fuerzas, los florentinos se preguntan con ansiedad si las milicias nacionales, a las que Maquiavelo ha consagrado tantos esfuerzos, serán capaces de contener al enemigo.

El desenlace se aproxima. El 21 de agosto, el ejército español, mandado por el virrey de Nápoles, Ramón Cardona, entra en Toscana. Lo acompaña el legado pontificio, cardenal Juan de Médicis. El gobierno florentino trata, en vano, de negociar. Prato, a menos de veinte kilómetros de Florencia, es atacado. Las milicias nacionales formadas por Maquiavelo sólo oponen a los asaltantes una resistencia risible, y la ciudad cae. Los españoles se entregan a todos los excesos, profanan iglesias y conventos, y pasan a cuchillo a cuatro mil personas. Florencia aún piensa en defenderse, pero nadie se hace ilusiones. Hay que ceder. El gobierno republicano se hunde. El gonfalonero Soderini, llevado a la casa de los Vettori, se aleja durante la noche, por el camino de Siena, acompañado de algunos fieles.

El primero de septiembre de 1512, Julián de Médicis, hermano del cardenal Juan, hace su entrada en Florencia, en medio de una muchedumbre entusiasta. Los Médicis habían conservado en la ciudad incontables partidarios, sobre todo entre la nobleza; muchos otros florentinos, republicanos de corazón, fingen alegrarse de su regreso. En todo tiempo y en todos los países, los cambios de régimen provocan súbitos virajes.

También Maquiavelo procura acercarse a los nuevos amos de Florencia, con la esperanza de conservar su empleo. Pocos días después del regreso de los Médicis, escribe una larga carta a una dama (se supone que

fue Alfonsina Orsini, viuda de Pedro de Médicis, o su hija, casada con un Strozzi). En esta carta, se congratula de ver a los Médicis —a los que llama sus "protectores"— restablecidos en los honores y dignidades que poseyeran sus antepasados. Pero los Médicis no perdonan a Maquiavelo haber sido su adversario. Es destituido. El primer decreto le retira el empleo, y el segundo le prohíbe abandonar el territorio de Florencia (8 y 10 de noviembre). Se le indica (17 de noviembre) que no puede penetrar en el palacio de la Señoría.

También Buonaccorsi, el colega de Maquiavelo, pierde su empleo. Otros funcionarios tienen más suerte. Marcelo Virgilio permanece en la cancillería, Francisco Guicciardini sigue como embajador en España. El amigo de Maquiavelo, Francisco Vettori, es el embajador en Roma.

Se reforman las instituciones florentinas. El gonfalonero ya no es nombrado de por vida, como lo fuera Soderini, sino por un año, y la elección recae sobre Ridolfi, un amigo de los Médicis. Éstos tienen todo el poder entre los manos; empero, pocos meses después de su regreso se manifiesta la oposición, y pronto se trama una conjura para derribarlos. La conspiración se descubre y dos jóvenes pertenecientes a las primeras familias de la ciudad son torturados y decapitados. Se descubre una lista de conjurados o solamente de eventuales partidarios. Como el nombre de Maquiavelo figura en ella, es encarcelado y sufre algunas estrapadas. Desde su prisión envía a Julián de Médicis tres sonetos en los que pinta su mísera situación. Como el papa Julio II había muerto (21 de febrero de 1513) la víspera de la ejecución de los jóvenes conspiradores, el cónclave no tarda en reunirse. El 11 de marzo, el cardenal Juan de Médicis recibe la tiara, toma el nombre de León X y para festejar su exaltación al pontificado promulga una amnistía general.

III. REVELACIÓN DE UN GRAN ESCRITOR

En cuanto sale de prisión (13 de marzo de 1513), Maquiavelo escribe a su amigo Francisco Vettori, embajador de Florencia en Roma, para informarlo de sus desdichas. Así termina su carta: "Recordadme a nuestro Santo Padre, tratad de que me emplee si es posible, él o alguno de los suyos, en algunos asuntos; estoy convencido de que yo os haría honor, y me sería muy útil."

Maquiavelo va a mantener activa correspondencia con su amigo, y no dejará de pedirle su intercesión cerca del Papa. Las numerosas cartas que poseemos son inapreciables para conocer su carácter y su obra. Aunque apartado de los asuntos públicos, Maquiavelo se preocupaba por los acontecimientos y los comentaba.

Después de sus últimos fracasos, Luis XII se había acercado a Venecia y había firmado con ella un tratado para el reparto del Milanesado. Un ejército francés cruzó los Alpes, una vez más, y obtuvo rápidos triunfos, gracias al apoyo que encontró en Italia. A la muerte de Julio II, la mayoría de los Estados italianos se habían regocijado de la expulsión de los franceses. Dos meses después, los venecianos los volvían a llamar. Arrojados de Génova, la ciudad se levantó en su favor en cuanto una flota francesa apareció ante la ciudad. En Milán, las fiestas del advenimiento del joven duque Maximiliano Sforza acababan de terminar cuando llegó el ejército, mandado por La Trémoille y Trivulce. Las ciudades del Milanesado, donde los suizos eran los amos, se sublevaron, y en su mayor parte abrieron sus puertas a los franceses. Maximiliano Sforza se refugió en Novara, bajo la protección de los suizos. El anciano La Trémoille condujo allí su ejér-

cito y, habiéndose dejado sorprender por imprudencia, tuvo que dar combate sin poder escoger el terreno, con desastrosas consecuencias. Sus pérdidas fueron considerables. Muchos hombres huyeron, abandonando cañones y equipajes. La Trémoille y Trivulce volvieron a Francia con los despojos del ejército.

Una vez más, la Italia septentrional estaba perdida para Francia, que conservaba allí apenas algunas plazas. Las ciudades que habían abierto sus puertas a los franceses fueron castigadas con multas. El territorio de Venecia fue invadido como cuando la Liga de Cambray, y Luis XII tuvo que defender sus propias fronteras. Los ingleses lo derrotaron en Guinegate, en la llamada "Batalla de las Espuelas". Borgoña fue invadida y Dijón sitiada. El rey tuvo que negociar, y mediante el tratado de Blois (1 de diciembre de 1513), obtuvo la paz, renunciando a toda posesión en Italia.

En sus cartas a Vettori, Maquiavelo comenta todos esos sucedidos, pero está cansado de la política. Su amigo, que tiene sus juicios en gran estima, lo apremia a opinar. Maquiavelo responde: "Señor embajador, os escribo todo esto más por satisfacer vuestros deseos que por saber bien qué pensar yo." Primero permaneció en Florencia, pero luego salió a pasar la primavera y el verano en su casa de campo, a unos diez kilómetros de la ciudad, en San Andrea en Percusina, cerca de San Casiano, sobre el camino de Roma.

Una carta de Vettori (12 de julio de 1513) es de interés excepcional, pues en ella el embajador informa a su amigo de la intención del Papa de "conservar a la Iglesia en el estado en que la ha recibido y de mantener intactos todo su prestigio y todos sus dominios, aunque quizá ceda algunos a su familia, es decir, a Julián y a Lorenzo (su hermano y su sobrino), a quienes está absolutamente decidido a constituir sus infantazgos". Más adelante escribe Vettori: "El Papa escuchaba mis razones, pero no por ello abandonaba

la idea de dotar a sus parientes, siguiendo el ejemplo de sus predecesores Calixto, Pío, Inocencio, Alejandro VI y Julio II. Si algunos se abstuvieron, es porque no pudieron hacerlo..."

La noticia que Vettori da a su amigo merece nuestra atención, pues decidió a Maquiavelo a escribir su célebre tratado del *Príncipe*.

Algunos meses después, en una carta a su amigo (10 de diciembre de 1513), Maquiavelo le describe la clase de vida que lleva en su villa. Lleno de melancolía, en su soledad y su indigencia, evoca los tiempos en que, por cuenta de la República, negociara con el rey de Francia, con el Papa o con el Emperador.

Se levanta al alba, va a coger zorzales a las trampas, observa el trabajo de los leñadores en el bosque y después, habiendo llevado consigo a Dante, Petrarca o a alguno de esos llamados poetas menores, como Tibulo u Ovidio, se sienta junto a una fuente y lee sus apasionados lamentos y sus transportes amorosos, que le recuerdan los suyos propios. "Voy después —escribe— a la hostería situada sobre el camino principal, y allí me encanallo la mayor parte de la jornada; luego, llegada la noche, regreso a mi casa. En la puerta de mi gabinete me despojo de las ropas de campesino, cubiertas de polvo y lodo, me pongo mi indumentaria de corte o mi atavío oficial y, decentemente vestido, penetro en el viejo santuario de los grandes hombres de la Antigüedad. Recibido por ellos con bondad y benevolencia, vivo de este sustento, único bueno para mí y para el cual he nacido. Converso con ellos sin reparos y me atrevo a pedirles cuentas de sus acciones. Ellos me contestan con indulgencia. Durante cuatro horas dejo de temer a la pobreza y la muerte no me asusta. En cuerpo y alma, me transporto a su lado." Se ve que Maquiavelo encuentra en la lectura de los grandes autores y en el recuerdo de

sus embajadas un consuelo a la mediocridad de su existencia campesina y a la amargura de haber visto su carrera brutalmente truncada.

Esta carta, que nos abre su intimidad, tiene interés por otra razón más: en ella habla por primera vez del *Príncipe*, que hará correr su nombre por el mundo entero.

"Como Dante ha dicho —continúa Maquiavelo— que no hay ciencia allí donde no se retiene lo que se ha oído, yo he anotado todo aquello que en sus conversaciones [las de los grandes hombres] me ha parecido de alguna importancia. Con ello he redactado un opúsculo, *De Principatibus*, en el cual sondeo hasta donde puedo todas las profundidades del tema, tratando de averiguar cuál es la esencia de los principados, cuántas clases existen, cómo se los adquiere, cómo se los mantiene y por qué se los pierde. Si mis divagaciones a veces os han agradado, ésta no os disgustará. Deberá servir especialmente a un príncipe, sobre todo a un nuevo príncipe, y por ello dedico mi obra a su Magnificencia Julián [el hermano del Papa]. Felipe Casavecchia ha leído la obra, y él podrá hablaros de ella, en sí misma, y de las discusiones que hemos sostenido. Mientras tanto, sigo divirtiéndome en extenderla y pulirla."

Hemos visto que Maquiavelo desde su destitución, intentó acercarse a los Médicis, y en sus cartas a Vettori nunca deja de pedirle que interceda ante el Papa para que le dé un empleo. Pero fueron vanos los esfuerzos de su amigo. Los Médicis, muy comprensiblemente, no estaban dispuestos a introducir en los secretos de su política a un hombre que durante largo tiempo había sido su adversario. Es probable que Maquiavelo también haya rogado a ciertos amigos interceder a su favor ante el gobierno mediceo de Florencia, y que su intervención haya fracasado por las mismas razones.

Cuando Maquiavelo se enteró, por la carta de Vettori, de que el hermano y el sobrino del Papa iban a ser príncipes soberanos, se le ocurrió la idea de escribir para uno de ellos un tratado en que se enseñara lo esencial de su nueva posición. Maquiavelo pensó en dirigirse a Julián, porque al parecer sería el primero en recibir un principado. A Julián le había enviado Maquiavelo, desde la prisión, tres sonetos, para tratar de que se compadeciera de su suerte. Se trataba ahora de aclararle bien las dificultades del oficio de príncipe y de ayudarlo a vencerlas. Desde la Antigüedad hay incontables ejemplos de tratados escritos para los príncipes. El modelo en el género sigue siendo el tratado que el orador ateniense Isócrates ofreció a Nicocles, tirano de Salamina. Durante la Edad Media, muchos tratados fueron compuestos por sabios, con la intención de enseñar a los príncipes los fundamentos del gobierno y, sin duda, con la esperanza de obtener algún favor del príncipe a quien iba dedicada la obra. Maquiavelo indudablemente había leído algunos de esos tratados, por lo menos el de Pontano, puesto que aludirá a él en el prólogo de su libro. La obra está escrita en lengua vulgar, pero el título está en latín: *De Principatibus*, así como los títulos de los veintiséis capítulos.

El libro comienza, como es de rigor, con un prólogo laudatorio. Maquiavelo enumera enseguida las diferentes clases de principados y estudia los medios por los cuales se adquieren. Expone cómo deben gobernarse las ciudades o los principados que antes de su conquista se regían por sus propias leyes. Más importante es el capítulo en que Maquiavelo se ocupa "De los principados nuevos que se han adquirido con las propias armas y con el talento personal", y el que se titula "De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros". Este capítulo llama particularmente nuestra atención, porque Maquiavelo

propone a César Borgia como modelo al destinatario del libro. Después de haber tratado de los principados eclesiásticos, Maquiavelo aborda, en los capítulos siguientes, una cuestión que le es cara: la de las fuerzas armadas de que debe disponer un Estado, y en ellos demuestra los peligros a que se expone aquel Estado que confía el cuidado de su defensa a tropas mercenarias. Los ejemplos que cita Maquiavelo están tomados tanto de la historia antigua como de la contemporánea. En un capítulo trata "de los deberes de un Príncipe para con la milicia", y en él escribe: "Un príncipe no debe tener otro objeto ni pensamiento, ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina corresponde." Ese capítulo refleja bien uno de los aspectos de su época —el Renacimiento—, en que la guerra, pese a la admirable floración artística y literaria, en todos los países fue el asunto principal para los príncipes y repúblicas.

Maquiavelo dedica dos capítulos al cuidado que el príncipe debe poner en la elección de sus ministros. El príncipe no vacilará en pedir consejo a los hombres sabios de que habrá de rodearse. Sus consejeros deberán ser hombres seguros e íntegros. Maquiavelo parece insinuar en estos dos importantes capítulos que el príncipe no podría hacer nada mejor que tomar como ministro y consejero al autor del tratado.

Después de haber considerado todos los problemas que tendrá que resolver un nuevo príncipe, Maquiavelo se dedica a despertar su ambición. Lo hace en el último capítulo del libro, exhortando al dedicatario a liberar a Italia de los bárbaros que la devastaban. Maquiavelo consideraba bárbaros a aquellos que, en el curso de los veinte últimos años, habían hecho de la península un campo de batalla, es decir, los franceses y los españoles.

Se encuentra en *El príncipe* apenas una docena de frases que establecieron lo que ha dado en llamarse el "maquiavelismo". Cabrían en tres páginas. Citemos las más notables:

"Para dominar con seguridad un Estado recientemente conquistado, basta con haber extinguido la dinastía de sus antiguos príncipes" (*III*).

"No hay que olvidar que es necesario ganarse a los hombres o deshacerse de ellos" (*III*).

"El usurpador de un Estado deberá cometer de una sola vez todas las crueldades que su seguridad exija, para no tener que repetirlas..." (*VIII*).

"Un príncipe prudente sólo puede y debe cumplir su palabra cuando con ello no se cause un daño" (*XVIII*).

Maquiavelo preguntó a su amigo Vettori la mejor manera de hacer llegar su tratado a Julián de Médicis, a fin de que éste no dejara de leerlo.

"Bien quisiera —escribe— que esos Señores Médicis me empleen, aunque al principio me pongan a dar vueltas a una rueda de molino... En cuanto a mi obra, verán, si se toman el trabajo de leerla, que no he pasado durmiendo ni jugando los quince años que he consagrado al estudio de los asuntos de Estado. Debieran tener interés en servirse de un hombre que desde hace tiempo ha adquirido experiencia. Tampoco debieran dudar de mi fidelidad, pues si hasta hoy la he guardado escrupulosamente, no es hoy cuando aprenderé a traicionarla... Y la mejor garantía que puedo dar de mi honor y de mi probidad es mi indigencia."

Los dos amigos no deciden nada a propósito del *Príncipe*. Por otra parte, hay que esperar a que Julián reciba el principado que habrá de justificar la dedicatoria de la obra. Su correspondencia prosigue. Vettori invita a Maquiavelo a Roma, describiéndole la vida agradable que allí llevará. Pero Maquiavelo no irá a Roma. Va algunas veces a Florencia, pero con mayor

frecuencia permanece en el campo, donde dirige el mantenimiento de la granja y observa las cosechas, casi siempre decepcionantes. En cuanto a la política, a la cual dedicara tantos años, conserva de ella un mal recuerdo. Que no se le vuelva a hablar del Papa, de los suizos, de España, de Francia, de Ferrara o de Venecia. "Si deseáis escribirme algo a propósito de las damas —escribe a Vettori (3 de agosto de 1514)—, no dejéis de hacerlo. En cuanto a los asuntos serios, hablad con aquellos a quienes les gustan o que los comprenden mejor que yo. Nunca me causaron más que contrariedades, en tanto que aquéllas me hacen experimentar sólo dicha y placer."

Maquiavelo ha escrito *El príncipe* pensando en Julián de Médicis, a quien su hermano el Papa deseaba dar la soberanía de Parma y de Piacenza. Como las condiciones políticas impedían la realización de ese proyecto, Maquiavelo tuvo que retardar el momento de ofrecer su tratado. Su desencanto no le impedirá proseguir sus trabajos, y durante años su actividad literaria avanzará notablemente.

Antes de componer *El príncipe*, Maquiavelo ya había escrito mucho, pero no se había tratado de obras literarias, con excepción de dos *Decenales*, de las que ya hemos hablado. En el curso de sus numerosas misiones había dirigido al gobierno florentino innumerables despachos, y también redactado diferentes informes sobre la situación de Francia y la de Alemania.

En 1513, a los cuarenta y cuatro años, comienza su carrera de escritor. Abordará todos los géneros literarios y en su obra, abundante y variada, dará prueba de su inteligencia y de sus dotes de escritor.

En el pequeño tratado escrito para Julián de Médicis. Maquiavelo no había podido consignar todos sus pensamientos sobre el gobierno de los Estados. *El príncipe* trata del gobierno de un principado. Ahora bien, Maquiavelo, admirador de la Roma republicana.

nutrido de Tito Livio y de Tácito, republicano de corazón, que durante catorce años ha estado al servicio del gobierno republicano de Florencia, no podía quedar satisfecho con haber expuesto, en una pequeña obra de circunstancias, los medios del gobierno despótico. Tenía que exponer los medios del gobierno republicano. Se puso entonces a redactar una obra más larga e importante, intitulada *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, cuyo solo título indica que la obra se inspira en la Roma republicana. Pasó varios años escribiéndola y sólo en 1521 la ofreció en manuscrito a los dos amigos florentinos (Zanobi Buondelmonti y Cósimo Rucellai) que lo habían animado a seguir adelante.

Los *Discursos* son una obra importante, en tres libros. El primero trata de la constitución y del gobierno de un Estado republicano, el segundo de las guerras y conquistas que permiten al Estado mantenerse y dilatarse, y el tercero de las causas de su prosperidad o decadencia. El plan es comparable al del *Príncipe*, pero Maquiavelo enseña en *El príncipe*, más bien, a edificar un Estado, y en los *Discursos* a gobernarlo. En los *Discursos* hay más ideas que en *El príncipe*, pero la obra, como reclama mayor atención de parte del lector y a trechos se halla cargada de largas referencias a la historia romana, no es para el gran público, en tanto que *El príncipe*, gracias a su concisión, ha pasado por todas las manos.

No se encuentra ni en *El príncipe* ni en los *Discursos* una teoría del poder. Las dos obras, por consiguiente, no son comparables a las de Platón, de Aristóteles, de Hobbes, de Bossuet, de Montesquieu. Inspirándose en ejemplos que le proporcionan la historia antigua o su propia época, Maquiavelo indica cómo deben comportarse los príncipes y los gobiernos republicanos. A falta de una teoría del poder, las dos obras presentan un método de gobierno cuyo principio general es que

la "razón de Estado" debe prepondcrar sobre los intereses privados. La consecuencia que de ello saca Maquiavelo es que el príncipe y el gobierno republicano deben emplear todos los medios, por censurables que sean, para alcanzar su fin, que consiste en mantenerse en el poder y asegurar la continuidad del Estado. Durante largo tiempo se creyó que sólo el tirano, para conservarse en el poder, empleaba la violencia y no retrocedía ante el crimen. Ahora bien, en el siglo XX se han visto regímenes en que el poder no está en manos de un solo hombre tan implacables como cualquier tirano que detentara el poder. No hay por qué sorprenderse de que Maquiavelo haya recomendado a un nuevo príncipe los medios arbitrarios empleados por los déspotas de su tiempo. Cuando da los mismos consejos a un Estado republicano, tiene en la memoria los medios empleados por la República romana que, asimismo, recurrió a la astucia, a la injusticia y a la crueldad para fundamentar su poder y extender su dominio.

Maquiavelo, espíritu realista, no pinta los hombres tal como debieran ser, sino tal como son. "Como mi objeto es escribir para aquellos que tienen un criterio sano, hablaré según lo que es, y no según lo que el vulgo imagina." Más adelante dice: "Hay tal diferencia entre cómo se vive y cómo se debiera vivir, que quien considera real y verdadero aquello que, sin duda, debiera ser, pero desgraciadamente no es, corre inevitablemente a su ruina" (*El príncipe*, XV).

"Sin duda —escribe en otra parte—, es elogiable en un príncipe el respeto de la palabra empeñada, pero entre aquellos de nuestra época a los que se ha visto hacer grandes cosas, pocos se han enorgullecido de esta fidelidad y han sentido escrúpulos en engañar a aquellos que habían confiado en su lealtad" (*El príncipe*, XVIII).

Al tiempo que trabajaba en los *Discursos*, Maquiavelo produjo muchas otras obras en verso y en prosa, que en su mayor parte no tienen ninguna relación con la política.

Escribió en prosa un *Reglamento para una sociedad de placer*, después un *Diálogo sobre la lengua*, en el cual examina una cuestión debatida desde hacía mucho en la península: el idioma empleado por Dante, Boccacio y Petrarca, ¿debe llamarse italiano, toscano o florentino? Supuestamente interrogado, Dante responde que se ha servido de la "lengua de corte", y Maquiavelo trata de demostrarle que, pese a lo que el poeta ha tomado del lombardo y del latín, la lengua en que escribió su obra bien puede llamarse florentina.

Maquiavelo, quien por gusto parece querer abordar todos los géneros literarios, ha escrito un cuento, género en el que no pocos florentinos, especialmente Boccaccio y su contemporáneo Bandello, dieron lustre a sus nombres. El cuento, *Belfegor el archidiablo*, es una sátira. Enviado al mundo por Plutón para llevar a cabo una encuesta, Belfegor llega a Florencia y se casa con Honesta. Su mujer le hace la vida de tal manera insoportable que prefiere regresar a los infiernos.

Poseyendo el don del diálogo, ¿cómo no habría Maquiavelo de dedicarse al teatro? Tradujo (1513) la *Andria* de Terencio, después hizo una adaptación de la *Casina* de Plauto, a la que puso por nombre *Clizia*, y le añadió un prólogo en prosa y tres canciones en verso (1515). Finalmente, escribió *La mandrágora*, comedia en cinco actos, con un prólogo y un intermedio en verso.

La mandrágora ha tenido una carrera triunfal. Ha sido traducida a todas las lenguas y representada en muchos países. Fue bien recibida desde su estreno en Florencia (quizás en 1515). En 1520, su éxito fue tan grande que los actores tuvieron que ir a Roma, pues León X había expresado el deseo de ver la pieza.

Agradó al Papa, como agradó por doquier fue representada, especialmente en Venecia en 1523. *La mandrágora* fue publicada en 1524. Es la única obra de Maquiavelo que apareció durante la vida del autor, junto con las *Decenales* y el *Arte de la guerra*.

La trama no es original. Una mujer joven y bonita se ha casado con un notable florentino mucho mayor que ella. La pareja no tiene hijos y desea tenerlos. Gracias a la complicidad de un fraile y de un amigo del marido, un joven galante se hace pasar por médico, y mediante el subterfugio de un tratamiento se hace amante de la dama. El movimiento de la pieza es excelente, el estilo vivo, los caracteres verídicos: la joven a quien no satisface su esposo, el rico burgués, el falso médico, el fraile ávido, el parásito. *La mandrágora* probablemente sea la mejor comedia escrita en la península en la época del Renacimiento.

También se deben a Maquiavelo otras obras en prosa: una *Arenga*, un *Discurso moral*, así como obras en verso: *Canciones* o *Poesías morales*, los ocho cantos del *Asno de oro*, y también estrofas, sonetos, poemas, epigramas, una pastoral y una serenata.

Puede observarse qué notable fue la actividad literaria de Maquiavelo.

Hasta el fin de su pontificado, León X parece haber tenido ojeriza a Maquiavelo por servir durante catorce años a un gobierno hostil a su familia. Pero con el tiempo, y gracias a la actividad de sus amigos, Maquiavelo recuperaba la gracia del primo hermano de León X, el cardenal Julio de Médicis, hijo natural de Julián, asesinado durante la conjuración de los Pazzi y que en 1523 llegará a ser papa Clemente VII. El cardenal encargó a Maquiavelo (noviembre de 1520) una *Historia de Florencia*, por la cual le destinó un sueldo anual de cien florines.

Esta *Historia de Florencia*, importante obra en ocho libros, comienza en la época de las grandes invasiones

y termina en 1492, con la muerte de Lorenzo el Magnífico. Maquiavelo tuvo el buen juicio de no narrar las consecuencias de los acontecimientos con los cuales tuvo que ver desde 1498, pues le hubiera sido difícil juzgar objetivamente a hombres de los cuales muchos vivían aún, el papel desempeñado por los Médicis durante los catorce años en que él se ocupó en deshacer sus intrigas.

El orden cronológico no siempre es respetado en la *Historia de Florencia*, la cual, por otra parte, contiene errores que hubiera sido fácil evitar. Como en los *Discursos*, Maquiavelo toma ideas y ejemplos de la historia romana, y a menudo hace hablar a los personajes que pone en escena, sin poder autenticar sus discursos. Pero la obra tiene las mismas cualidades de todos sus libros. El tono es vivo, el relato claro, y sus juicios siempre atraen el interés. Sin embargo, se considera superior a la *Historia* de Maquiavelo la de su amigo Guicciardini, quien tomará el hilo de los hechos allí donde Maquiavelo se detuvo.

Maquiavelo, que llevaba adelante al mismo tiempo varias tareas literarias, terminó en 1520 un trabajo cuyo título es lo único que está en latín: *De re militari*. El *Arte de la guerra*, impreso desde el año siguiente, está dedicado a Lorenzo di Filippo Strozzi, rico banquero aliado de los Médicis. Es un diálogo entre cinco personalidades florentinas contemporáneas: Cósimo Rucellai, Fabricio Colonna, Zanobi Buondelmonti, Bautista della Palla y Luis Alamanni. Fabricio Colonna, el eminente condottiero muerto en 1520, es el portavoz de las ideas de Maquiavelo. Con *El príncipe* y los *Discursos*, el libro forma una trilogía, pues Maquiavelo, después de haber estudiado cómo se fundamentan y se mantienen un Estado autocrático y un Estado republicano, estudia en el *Arte de la guerra* los medios de hacer poderosos uno y otro Estado.

Las opiniones se han dividido sobre el valor de esta obra. Se ha podido decir del "arte de la guerra" que es el único arte que no es necesario aprender y, en todo caso, que no se aprende en los libros y depende principalmente de los medios de que dispongan los combatientes. Ahora bien, estos medios han evolucionado constantemente, sobre todo desde que los hombres empezaron a usar las armas de fuego. La obra, inspirada en el tratado de Vegecio, escrito en el siglo IV, es interesante por más de una razón. Como en *El príncipe* y en los *Discursos*, Maquiavelo pone como ejemplo tanto las guerras de la Antigüedad como las de su época. Enumerando las diferentes formaciones militares y todos los procedimientos de guerra conocidos, luce su gran erudición, y se nota el atractivo que siempre ejercieron sobre él estas cuestiones. En esta obra no deja de desarrollar, como en *El príncipe* y en los *Discursos*, sus ideas sobre la necesidad que tiene todo Estado de asegurar su defensa no por medio de tropas mercenarias sino de un ejército nacional, es decir, formado de soldados reclutados en su territorio. Resulta sorprendente que Maquiavelo no haya previsto el papel que en la guerra había de desempeñar la artillería que ya en aquella época tenía importancia.

Maquiavelo aprovechó una estadía en Lucca para estudiar la constitución de la república de Lucca y para escribir la vida de un lucense célebre, Castruccio Castracani (1281-1328), "soldado de fortuna" en Inglaterra, en Francia y en Flandes. De retorno a Lucca, logró hacerse el amo de la ciudad y constituir un Estado gibelino bastante grande. Recibió del Emperador la investidura del ducado de Lucca, pero murió prematuramente y sus hijos fueron expulsados de la ciudad.

Maquiavelo escribe de Castruccio, quien cometió numerosos crímenes y fue culpable de no pocas trai-

ciones, "que no empleó jamás la fuerza cuando podía vencer por medio de la astucia". La obra, dedicada a sus amigos florentinos Zanobi Buondelmonti y Luis Alamanni, les llegó, en manuscrito, en agosto de 1520.

Maquiavelo proseguirá su actividad literaria, pero ya no dispondrá de tantos ocios, pues habiendo ganado poco a poco la confianza del gobierno mediceo de Florencia, de nuevo será encargado de varias misiones.

IV. RETORNO A LA VIDA ACTIVA

Aunque alejado de los asuntos políticos y enteramente absorbido por sus trabajos literarios, Maquiavelo no podía permanecer indiferente a los acontecimientos, cuyo eco llegaba hasta su retiro campestre. ¿Cómo hubiera podido dejar de interesarse por las noticias de Francia, donde había estado en el curso de las cuatro misiones que le encargara la república de Florencia? Luis XII había perdido en enero (1514) a su mujer, la duquesa Ana de Bretaña. Su dolor fue grande, pero, como ella sólo le había dado dos hijas, los cortesanos lo apremiaron para que volviera a casarse. El matrimonio fue rápidamente negociado con Enrique VIII y se concluyó una paz con Inglaterra (agosto de 1514). Luis XII se desposó, en octubre, en el castillo de Langeais, con la hermana del rey, la princesa María. Luis XII tenía cincuenta y dos años, la joven reina dieciocho.

Gracias a la seguridad obtenida mediante la alianza inglesa, Luis XII se puso a preparar activamente una nueva expedición a Italia, pero murió (enero de 1515) sin haber podido emprenderla. Maquiavelo, que había tenido ocasión de conocer de cerca al rey, ha juzgado severamente su política. En *El príncipe* señala los seis errores capitales de su reinado, sin mencionar un último error que fue fatal al gobierno republicano de Florencia: convocar en Tours, y después en Pisa, un concilio que debía deponer a Julio II. Las guerras de Italia, desatadas con ligereza por el joven Carlos VIII, llevadas adelante con terquedad y torpeza por Luis XII y después por Francisco I, quien en 1525 caerá en manos del adversario, fueron censuradas en la época por toda la gente razonable. Erasmo, contemporáneo de Maquiavelo, escribió en la *Institución del príncipe cristiano*, dedicada, en 1516, al joven Carlos

de Austria (el futuro Carlos V), que "el reino de Francia es el más floreciente del universo, pero lo sería más aún de haberse abstenido de hacer la guerra en Italia".

Luis XII sólo dejaba dos hijas, la mayor de las cuales se había casado con el heredero del reino, su primo Francisco de Angulema (la menor, Renée, se casará más tarde con el hijo del duque de Ferrara). Apenas se vio en el trono, Francisco I decidió reanudar las guerras de Italia. No pensó en arrebatar el reino de Nápoles a los españoles sino que, siguiendo el ejemplo de Luis XII, reivindicó el ducado de Milán, como biznieto de la heredera legítima, Valentina Visconti. Inmediatamente comienzan los preparativos militares. Florencia, la antigua aliada de Francia, se ve arrastrada por los Médicis a la coalición que se forma contra ella. Pero la república de Venecia abraza el bando francés. El Papa se adhiere a la Liga formada por el Emperador, España, el duque de Milán y los suizos (julio de 1515). Como precio de su alianza, León X debía recibir Parma y Placencia, que pensaba otorgar a su hermano Julián.

El ejército francés pasa los Alpes. Bien recibido en el Piamonte, pues la madre del rey es princesa de Saboya-Piamonte, se encuentra en Marignano (13 de septiembre de 1515) con el ejército enemigo, formado principalmente por suizos. La batalla, en la cual tomó parte personalmente el rey, como lo hicieran Carlos VIII en Fornovo y Luis XII en Agnadello, duró toda la tarde y se reanudó al día siguiente, al alba. El triunfo, que se inclinaba ya del lado de los franceses, llegó a ser completa victoria con la llegada del ejército venceciano comandado por Alviano. Los franceses ocuparon Milán, donde el duque Maximiliano Sforza, encerrado en el castillo, capituló el 4 de octubre. Conducido a Francia, no fue tratado como prisione-

ro como lo había sido su padre Ludovico el Moro, sino como príncipe y recibió una pensión honorable.

Maquiavelo había pensado ofrecer el tratado del *Príncipe* a Julián de Médicis si llegaba a ser príncipe soberano. Pero en Bolonia, donde se encontraron León X y el rey de Francia, el Papa tuvo que renunciar a Parma y a Placencia, que fueron a dar al ducado de Milán. Por lo tanto, Julián no se convirtió en príncipe soberano de las dos ciudades. Pronto se desposó en Francia con Filiberta de Saboya, hermana de la madre del rey, y lo hicieron duque de Nemours. Pero, ya enfermo, rápidamente se agravó su estado y murió en la primavera (marzo de 1516).

León X, que deseaba desposeer a Francisco María de la Rovere de su ducado de Urbino, durante largo tiempo no se decidió a llevar adelante su proyecto, en virtud de la influencia de su hermano, quien no había olvidado que los Médicis, al ser echados de Florencia, veintidós años antes, habían encontrado en la corte de Urbino la más generosa hospitalidad. Pero una vez muerto el hermano, el Papa pudo poner en ejecución su proyecto, contra la oposición de la mayor parte de los cardenales. Deseaba hacer de su sobrino un príncipe soberano, pero al mismo tiempo quería castigar a Francisco María de la Rovere por haberse negado, en 1512, a unir sus tropas a las fuerzas españolas para atacar la Toscana. A fines de abril de 1516, Lorenzo de Médicis, a la cabeza de veinte mil hombres, invadió el ducado de Urbino. El duque de Urbino, que disponía de escasas tropas, no intentó resistir. Ganó la costa, con su familia y con todos los objetos de valor que pudo llevarse, y se dirigió a Mantua, a pedir hospitalidad a sus parientes los Gonzaga. La conquista del ducado fue juzgada severamente en Italia y tuvo consecuencias dramáticas en el seno mismo del Sacro Colegio. Al joven Lorenzo de Médicis, nuevo duque de Urbino, ofreció a fin de cuentas Maquiavelo su tra-

tado del *Príncipe*, escrito desde fines de 1513 y destinado originalmente, como hemos dicho, a Julián de Médicis.

"Espero —escribe Maquiavelo en la dedicatoria— que haréis justicia a mi ardiente anhelo de veros alcanzar con brillo los altos destinos a los que vuestra fortuna y vuestras grandes cualidades os llaman."

Lorenzo no hizo el menor caso de la obra; ni aun es seguro que la leyera. Maquiavelo no recibió nada por ella, lo que le causó vivo resentimiento. Éste se trasluce en la dedicatoria de los *Discursos*, ofrecidos algunos años después a sus amigos florentinos Zanobi Buondelmonti y Cósimo Rucellai. "Los escritores —dice Maquiavelo— dedican sin falta sus obras a algún príncipe, al que atribuyen todas las virtudes, cuando debieran censurarle las más vergonzosas debilidades. Por ello, no deseando cometer semejante error, no he elegido a príncipes, sino a quienes, por sus altas cualidades, merecerían serlo; no a quienes pudieran colmarme de cargos, honores y riquezas, sino a quienes, no pudiendo, desearían hacerlo. Hemos de acordar nuestra estima a aquellos hombres que poseen la sabiduría y no a quienes, sin poseerla, por mero azar gobiernan un Estado."

Después de largas negociaciones, en enero de 1518 fue concluido el matrimonio del duque de Urbino con Magdalena de la Tour d'Auvergne, hija de Juan de Bolonia. La boda fue en Amboise (mayo de 1518) y los recién casados hicieron en septiembre su entrada solemne en Florencia. Pero, desde la primavera siguiente, Lorenzo, roído desde hacía tiempo por la enfermedad, murió en Roma a la edad de veintisiete años (mayo de 1519). Apenas cinco días después de Lorenzo, moría su joven mujer, al dar a luz a una hija, Catalina, que llegó a ser reina de Francia. Lorenzo no se hizo querer entre los florentinos y hoy estaría totalmente olvidado a no ser porque, a través de

su hija Catalina, la sangre de los Médicis se extendió a todas las familias reinantes de Europa, porque fue el dedicatario del *Príncipe* y porque, muchos años después, Miguel Ángel esculpió para adornar su tumba en la iglesia de San Lorenzo de Florencia la admirable estatua llamada el *Pensieroso*.

Pese a la decepción de no haber recibido nada de Lorenzo de Urbino, Maquiavelo proseguía sus trabajos literarios. Habitaba ora en el campo, ora en Florencia, donde frecuentaba las reuniones literarias organizadas por los hermanos Rucellai. Pertenecientes a una de las primeras familias florentinas, eran aliados de los Médicis y disfrutaban de una gran fortuna. Su padre, Bernardo, muerto en 1514, había adquirido al oeste de la ciudad vastos terrenos que el arquitecto Alberti transformó en jardines. Se cultivaban allí especies preciosas y se criaban pájaros. En los pabellones podían admirarse colecciones de obras de arte y hermosos libros. De los tres hermanos, Palla, Juan y Cósimo, el más culto era Cósimo. Como apenas podía caminar, tenían que transportarlo en litera. En las reuniones de los jardines Rucellai, cuyo animador era Cósimo, se topaba con eruditos y escritores florentinos, entre ellos el poeta Luis Alamanni, Jacobo da Diacetto, Zanobi Buondelmonti, Bautista della Palla y el helenista y gramático Giangiorgio Trissino. En esas reuniones se discutían cuestiones literarias y artísticas, los escritores leían pasajes de sus obras, y sabemos que Maquiavelo leyó capítulos de sus *Discursos*. También se ocupaban de política... y pronto veremos las consecuencias.

Después de la muerte de Lorenzo II de Médicis, Francisco María della Rovere creyó que recobraría su ducado de Urbino, pero León X lo unió a los Estados de la Iglesia. En Florencia, el cardenal Julio de Médicis tomó las riendas del Estado, y como los Médicis vacilaban sobre la forma que sería conveniente dar al gobierno, algunos florentinos competentes en

la materia, especialmente Guicciardini y Maquiavelo, fueron invitados a redactar un proyecto de constitución. El de Maquiavelo, dedicado al Papa, sugiere una constitución de forma republicana, donde la opinión popular pueda falsearse si se escogen escrutadores que sepan falsificar las boletas de los votantes. Maquiavelo escribe: "Vuestra Santidad verá que, en mi proyecto de república, no solamente conservo la autoridad de Florencia, sino que la aumento." El proyecto de Maquiavelo no parece haber despertado, en su época, la reprobación que después causó.

Como Maquiavelo fue recuperando poco a poco —lo hemos visto— la confianza del gobierno mediceo de Florencia que dirigía el cardenal Julio de Médicis, le encargaron una misión en Lucca. Un rico lucense había contraído una deuda de mil seiscientos florines con unos mercaderes florentinos. Los tribunales de Lucca no habían dado satisfacción a dichos mercaderes, pese a que la deuda era indiscutible. Se encomendó a Maquiavelo informar del asunto al gobiero de la república de Lucca. La misión no tenía gran importancia y no estaba relacionada con la política. Maquiavelo viajó a Lucca (en la primavera de 1520), y allí permaneció durante varios meses.

A la primavera siguiente (mayo de 1521) le fue confiada otra misión, de carácter asimismo secundario. Se dirigió a Carpi, señoría de la familia Pío, para rogar al Capítulo de los Hermanos Minoristas, que por entonces se hallaba allí reunido, que hiciera de Florencia una provincia separada del resto de la Toscana. Asimismo, debía contratar a un buen predicador para la cuaresma siguiente.

En el curso de este viaje fue cuando Maquiavelo trabó relaciones con Francisco Guicciardini, quien desde 1516 era gobernador de Módena y de Reggio. Guicciardini, catorce años más joven que él, había sido embajador de la República florentina en España,

pero León X no le guardó mala voluntad y lo tomó a su servicio.

Guicciardini hace bromas al enviado florentino sobre la misión que le ha sido confiada ante la "República de las Sandalias". Maquiavelo, también en tono festivo, responde que él toma muy en serio su embajada, pero que tampoco esta vez comparte el punto de vista de sus conciudadanos. "Ellos quisieran —escribe— un predicador que les mostrara el camino del paraíso, y yo quisiera dar con uno que les señalara el del infierno."

Las cartas que intercambian Maquiavelo y Guicciardini son prueba de su buen sentido del humor. Maquiavelo ruega al gobernador que le envíe diariamente un correo. "Mucho aumentará —escribe— la consideración que se me tiene en esta casa, si hacéis que se multiplique el número de mensajeros." Guicciardini envía los correos y Maquiavelo le informa del efecto logrado: todos creen que el gobernador de Módena le manda noticias de capital importancia. Maquiavelo, imponiéndoles secreto, les cuenta con el mayor misterio que en Trento aguardan al emperador, o que los suizos han convocado a unas nuevas dietas, o que el rey de Francia... Boquiabiertos y bonete en mano, todos rodean a Maquiavelo y les intriga a más no poder verlo escribir tan largamente. Sin embargo, terminarán por inquietarse, en la casa y hasta en la ciudad, por las incesantes cartas que los mensajeros del gobernador llevan de Módena a galope tendido. Maquiavelo tiene la sensación de que su huésped empieza a sospechar que se está burlando de él. "Os ruego no enviarme a nadie mañana —escribe Maquiavelo—, a fin de que esta broma no termine mal."

Cumplida su misión, Maquiavelo toma el camino de Florencia y, al pasar, se detiene en Módena en casa de Guicciardini. Escribe allí al cardenal Julio, dándole cuenta de su misión. De regreso en Florencia,

proseguirá la redacción de su *Historia de Florencia*.

El emperador Maximiliano murió en enero de 1519. Su nieto Carlos de Austria, de diecinueve años, que ya había heredado una parte del antiguo ducado de Borgoña, además del reino de Aragón, el reino de Nápoles y las posesiones españolas de allende los mares, heredaba ahora los considerables estados de los Habsburgo. No obstante, Francisco I concibió la extraña idea de disputarle la corona imperial. Carlos triunfó gracias a los nexos que lo unían al Imperio y al apoyo de los Fugger, los grandes banqueros de Augsburgo, que financiaron su elección.

La paz concluida entre el rey de Francia y el joven emperador no podía durar. Carlos V reclamó Borgoña, como biznieto de Carlos el Temerario, su último duque, y Francisco I exigió la restitución del reino de Navarra. A pesar de lo cortés del encuentro de los dos príncipes en el *Campo de la Bandera de Oro* (junio de 1520), pronto comenzaron las hostilidades, primero en Navarra y después en Italia. Francia perdió, una vez más, Milán, Parma y Placencia, conservando sólo algunas plazas en Lombardía. Poco después de estos acontecimientos, el Papa murió en Roma (1 de diciembre de 1521). León X, brillante príncipe del Renacimiento, favoreció las letras y las artes, pero cometió no pocos errores políticos y religiosos. En parte, él es responsable de la Reforma, que rompió la unidad de la Iglesia cristiana en la Europa occidental. El Duque de Ferrara se apresuró a recuperar las ciudades de que fuera despojado, y Francisco María de la Rovere su ducado de Urbino. Los cardenales, celosos unos de otros, adjudicaron la tiara pontificia a un cardenal desconocido de muchos de ellos: Adriano de Utrecht, el antiguo preceptor de Carlos V.

En Florencia, no obstante la benevolencia del gobierno del cardenal Julio de Médicis, mucha gente lo soportaba a disgusto, y finalmente se tramó una cons-

piración para asesinarlo en su palacio o en la catedral de Florencia, donde muriera su padre en 1478. Informado de la conjura, el cardenal, que había partido a Roma para el cónclave, regresó apresuradamente a Florencia. La represión fue sangrienta. Dos individuos a quienes Maquiavelo trataba en la casa de los Rucellai fueron decapitados. Otros pudieron escapar y refugiarse en Francia. Esta vez no fue molestado Maquiavelo.

Francisco I, con la misma perseverancia de que diera prueba su predecesor, llevó adelante la lucha. Para ella disponía de un poderoso ejército, de las tropas suizas y de las fuerzas venecianas que mandaba Gritti. El ejército entabló batalla (abril de 1522), en condiciones desfavorables, y fue deshecho en la Bicocca, casa de campo de un señor milanés donde sus adversarios habían tomado posiciones.

Aunque la autoridad del emperador iba afirmándose en la península, el rey de Francia preparó un nuevo ejército para reconquistar el Milanesado. Sin embargo, toda Europa estaba contra él, y además sufrió la defección del condestable de Borbón, jefe de la rama inferior de la casa de Borbón, quien poseía en el reino numerosas provincias. Carlos V se apresuró a poner a la cabeza de un ejército de Lombardía al anciano condestable, hombre valeroso, enérgico y amado por sus tropas. A la muerte de Adriano VI, la elección del cardenal Julio de Médicis (noviembre de 1523), quien como Papa tomó el nombre de Clemente VIII, fue un nuevo triunfo del Emperador. En la primavera, (1524), Bonnivet se vio obligado a abandonar el norte de Italia, y el ejército imperial, a las órdenes de Carlos de Borbón, invadió y saqueó la Provenza, no deteniéndose hasta llegar a Marsella.

Pero Francisco I estaba determinado a llevar adelante la lucha. Y desde el mes de octubre (1524) franqueó los Alpes a la cabeza de un poderoso ejército. Como las tropas imperiales se habían replegado,

los franceses, sin combatir, lograron apoderarse de Milán. Pero Pavía estaba en manos de su adversario, y el rey decidió poner sitio a la ciudad. En febrero de 1525, nuevas fuerzas imperiales, conducidas por Carlos de Borbón, avanzaron sobre Pavía. Sus capitanes urgieron al rey a levantar el sitio, pues sus tropas podían quedar atrapadas entre la guarnición de la plaza y el ejército que acudía en su socorro. Escuchando, antes bien, a quienes halagaban su vanidad, Francisco I decidió presentar batalla, a pesar de lo desfavorable de las condiciones. El combate aún estaba indeciso cuando el rey se resolvió a cargar, aunque ocultando su artillería. Los franceses fueron desbordados por el flanco derecho y el centro cedió. Los suizos emprendieron la fuga. Fue un desastre. Herido en el rostro y en una pierna, el rey, que valerosamente había tomado parte en la acción, fue hecho prisionero al caer muerto su caballo. Ilustres capitanes perecieron en Pavía, entre ellos Luis de la Trémoille, de 60 años, héroe de los combates de Fornovo, de Agnadello, de Novara y de Melegnano, el almirante de Bonnivet y el mariscal de la Palice, que había tomado parte en las batallas de Agnadello, de Rávena y de Melegnano. La nobleza francesa quedó diezmada, y el Milanesado se perdió. Carlos de Lannoy condujo al rey a Génova, de donde fue embarcado rumbo a España. La batalla de Pavía, desastrosa para Francia, lo fue aún más para Italia donde, durante tres siglos, habían de establecerse españoles imperiales.

Los Estados italianos reconocieron el error de haber tomado partido contra Francia que, en la península, era la única que podía contrarrestar el poderío del Emperador. Ante el peligro de hegemonía imperial, dieron marcha atrás en su política.

Maquiavelo, poco después de la batalla de Pavía, acababa (marzo de 1525) la primera parte de su *Historia de Florencia*, y se dirigió a Roma para ofre-

cerla a Clemente VII. Fue bien recibido por el Papa, quien lo animó a llevar adelante su obra y le ofreció cien ducados. Maquiavelo tuvo oportunidad de exponer al pontífice y a los cardenales su idea favorita de que un Estado necesitaba asegurar su defensa no por medio de tropas mercenarias, sino con un ejército reclutado en su territorio.

El Papa se interesó en el proyecto y envió a Maquiavelo a la Romaña, para que lo expusiera a Guicciardini. Pero en Módena Maquiavelo no logró convencer al gobernador. Guicciardini pensaba que, como la población de Emilia y Romaña no tenía ningún apego a la Iglesia, sería vano y aun peligroso armarla.

Maquiavelo fue encargado de otra misión carente de todo interés político. Lo enviaron a Venecia para lograr que les fueran restituidos a tres jóvenes mercaderes florentinos mil quinientos ducados de oro que les había estafado un tal Donati. En el curso de sus incontables legaciones, Maquiavelo siempre manifestó su anhelo de regresar a Florencia. Esta vez, en cambio, se demoró. Cierto es que Venecia era la ciudad de todos los placeres y el garito de toda Europa. Maquiavelo probó su suerte y él, eterno desafortunado, esta vez ganó una suma considerable: dos mil o tres mil ducados. Se guarda bien de informar a los amigos de su buena estrella, pero no puede ocultar nada a los florentinos, que por doquier tienen agentes a sueldo. La nueva que Maquiavelo había guardado en secreto llega así a Florencia. "Se dice —le escribe bromeando Felipe de Nerli— que habéis ganado a la lotería dos mil o tres mil ducados. Todos vuestros amigos se alegran de ello... Sin embargo, lamentamos no haber sido informados por vos de vuestra fortuna, y habernos enterado por cartas de extranjeros y por vías indirectas.

De regreso en Florencia, Maquiavelo sigue escribiéndose con Guicciardini y comentando con él las novedades políticas.

Después de laboriosas negociaciones, el tratado de Madrid (enero de 1526) devuelve la libertad a Francisco I. En marzo llegó al Bidasoa, donde lo aguardaban sus dos hijos, de siete y ocho años, que como rehenes dejaba en manos de los españoles. Conocidas las cláusulas del tratado, provocaron general indignación en Francia y en otros muchos países. El rey debía pagar un enorme rescate, ceder la Borgoña, el Artois, Flandes, y renunciar, en favor del Emperador, a sus derechos sobre Nápoles, Milán, Asti y Génova.

Clemente VII, que antes sostuviera al Emperador, dispensó a Francisco I del juramento de Madrid e ingresó en la liga firmada en Cognac (mayo de 1526), entre Francia, Florencia, el duque de Milán y Venecia. Enrique VIII se adhirió. Por doquier se hicieron preparativos de guerra, y como Florencia decidió reforzar sus fortificaciones, se encomendó a Maquiavelo supervisar los trabajos. Lo hizo con la conciencia y el celo que ponía en todo.

Las hostilidades no tardaron en reanudarse en Lombardía, entre el ejército imperial y el ejército de la Liga, al mando del duque de Urbino. Resulta sorprendente que Clemente VII, un Médicis, haya aceptado confiar la eventual defensa de Florencia y de Roma a un hombre cuyo resentimiento contra los Médicis era conocido de todos, porque, pocos años antes, lo habían despojado de su ducado. Aunque no se tienen pruebas de que el duque de Urbino haya traicionado los intereses de la Liga, es incontestable que su ejército más de una vez habría podido atacar en condiciones favorables al enemigo, que desde el invierno de 1527 carecía de víveres y de municiones. De haber sido derrotado este ejército, otra habría sido la suerte de Italia. Las tropas florentinas comandadas por Vitello Vitelli y las tropas pontificias por Guido Rangone y por Juan de las Bandas Negras, Uno y otro aspiraban al título de general en jefe y se aborrecían.

Maquiavelo, a quien el gobierno florentino consultó sobre la situación militar, habría de desempeñar un papel activo durante el período de ansiedad que precedió al saco de Roma por los imperiales. Guicciardini, representante del papa en la Romaña, en junio de 1526 fue nombrado teniente general de los Estados de la Iglesia. Su hermano Jacobo lo reemplazó en Romaña. En el mes de julio, el ejército de la Liga hizo una nueva pero vana tentativa de auxiliar a Francisco Sforza, sitiado en el castillo de Milán, ciudad que se encontraba en manos de los imperiales, es decir, de alemanes y españoles. El joven duque logró retirarse a Como.

En el mes de agosto, Maquiavelo fue enviado a Lombardía para informar de la situación al gobierno florentino, y bajo los muros de Milán encontró al joven capitán Juan de Médicis, llamado Juan de las Bandas Negras, uno de los pocos jefes temidos por el enemigo. El Papa dio pruebas de su inepcia política al emprender una vana expedición militar contra Siena. Quinientos hombres, entre ellos bandidos y desterrados, pusieron en fuga al ejército pontificio, diez veces superior en número, y se apoderaron de su artillería y de sus pertrechos. El Emperador, que se encuentra en Granada, no tiene dinero, la Liga está en las mismas, pero ello no suspende las hostilidades. Maquiavelo ha escrito en los *Discursos*: "No hay opinión más falsa que la que sostiene que el dinero es el nervio de la guerra." Renunciando a tomar Milán, el ejército de la Liga va a sitiar Cremona. Como el sitio se prolonga, Guicciardini envía a Maquiavelo para que apremie a los jefes militares a apoderarse de la ciudad. Finalmente lo logran, pero el efecto del triunfo se ve comprometido por los acontecimientos que, en Roma, socavan la autoridad del Papa. Los Colonna militaban en el bando del Emperador y ocupaban incontables plazas alrededor de la ciudad. Firmaron (22 de agosto

de 1526) una tregua con Clemente VII, quien se apresuró a licenciar a sus tropas. Un mes después, los Colonna rompieron súbitamente la tregua, marcharon sobre Roma, la tomaron, entraron a saco en la ciudad y aún en la basílica de San Pedro y el palacio del Vaticano. El Papa apenas tuvo tiempo de refugiarse en el castillo San Ángel. Éste fue sólo un anticipo de lo que, al año siguiente, sería el saco de Roma. La tregua que firmó el Papa con los imperiales restablecía su autoridad en Roma, pero impedía a la Liga aprovechar el triunfo obtenido en Cremona, y obligó a Guicciardini a ordenar el repliegue del ejército de la Liga sobre Placencia. Maquiavelo volvió entonces a Florencia.

La tregua no presagiaba una verdadera paz, y Clemente VII, con sus yerros, corría al desastre. Contaba con los venecianos que, no obstante, no le eran favorables, y con los franceses, cuyo esfuerzo militar era insuficiente. Para que el duque de Urbino, general en jefe de la Liga, olvidara sus agravios contra los Médicis, Guicciardini pidió que le fueran devueltos la fortaleza de San Leo y el Montefeltro. El Papa se opuso. A fin de ganarse al duque de Ferrara, oficialmente neutral, pero favorable al Emperador, Guicciardini insistió en que se le reintegraran Módena y Reggio. El Papa volvió a oponerse. Preparando la reanudación de las hostilidades, el Emperador se puso a equipar una flota en España y, en Alemania, el *condottiero* Jorge Frundsberg reclutaba tropas a las que les prometía el botín de las ricas ciudades italianas, de Roma en particular, de la que él, ardiente luterano, deseaba la ruina.

En lugar de ir a tomar Génova, a la que bloqueaba el almirante Doria con la flota de la Liga, el duque de Urbino se atrincheró en Monza. De Florencia, Maquiavelo fue enviado por su gobierno para informarse de la situación de los ejércitos. Con este objeto, va a

desplazarse sin cesar. En octubre se encuentra en Módena, después en Borgo San Domino, y al fin en Roma. De vuelta en Florencia el 5 de noviembre, se le vuelve a enviar a Módena el 30 del mismo mes, junto a Guicciardini, que ha vuelto de Placencia.

Maquiavelo informa de viva voz a Guicciardini de la situación de Florencia: el gobierno está sin dinero, sin tropas seguras y sin buenos capitanes, con excepción de Juan de las Bandas Negras. En la ciudad se desean ardientemente la apertura de las negociaciones y un acuerdo de paz. Maquiavelo escribe desde Módena (2 de diciembre) al gobierno florentino, para informarle del movimiento de los ejércitos. El duque de Urbino se encuentra en la región de Mantua. Se ignoran sus proyectos, así como los de los imperiales. ¿Van a atacar los estados de la Iglesia, Venecia, la Toscana? Todos quisieran tratar, ¿pero con quién? El Emperador está en España, y el virrey en Nápoles. Carlos de Borbón, jefe del ejército imperial, carece de poderes para negociar.

Maquiavelo envía entonces una triste noticia: la muerte de Juan de las Bandas Negras. Amado de sus soldados, gozaba ya de una gran reputación militar, a pesar de su juventud. Hijo de Catalina Sforza y de su tercer marido, un Médicis de la rama menor, son sus descendientes quienes, en diez años, al extinguirse la rama superior, subirán al trono de Toscana y lo ocuparán durante dos siglos. Su biznieta María de Médicis se casará con Enrique IV.

Guicciardini se esfuerza por lograr que el ejército de la Liga cumpla con su deber, que consiste en oponerse al avance de los imperiales. Mientras Maquiavelo vuelve a tomar, el 5 de diciembre, el camino de Florencia, el enemigo se dirige hacia la Romaña, sin que el duque de Urbino, retirado en el territorio de Venecia, haga nada por detenerlo. En enero (1527), los imperiales se encuentran inmovilizados cerca de

Placencia, pues los soldados que no habían recibido su paga se niegan a avanzar. Alrededor de Roma, las tropas del Papa debían oponerse a las fuerzas del virrey español. ¡Locuras y contradicciones de la historia! Esta campaña del ejército imperial en el norte y en el sur de la península, contra las fuerzas del soberano pontífice, parece absurda cuando se recuerda que pronto el Emperador se convertirá en campeón de la Iglesia y declarará la guerra a los reformados. Los aliados del Papa eran entonces el rey de Francia y el rey Enrique VIII de Inglaterra. Éste, que se las daba de teólogo, estaba escribiendo una obra para refutar a Lutero. En testimonio de su reconocimiento, el Papa le confirió el título de "defensor de la fe".

Sin embargo, Enrique VIII pronto rompería con Roma, por una cuestión sentimental. Su pasión por Ana Bolena lo empujó a repudiar a su esposa, la reina Catalina. Como el Papa no consentía anular su matrimonio, Enrique VIII se pasó al bando de los reformados, a los que tan ardientemente había combatido, arrastrando al protestantismo para el porvenir la mayor parte del mundo anglosajón.

En la península aumentó la inquietud cuando se supo que los españoles, partiendo de Placencia, se habían unido (febrero de 1527) a los alemanes conducidos por el luterano Frundsberg. Sin víveres ni dinero, los imperiales, para procurarse ambas cosas, se disponían a marchar sobre Bolonia, Florencia o Roma. De Florencia, donde iba en aumento la ansiedad, se envió a Maquiavelo a toda prisa ante Guicciardini, para saber si las tropas de la Liga, llegado el caso, acudirían en su apoyo. Maquiavelo vuelve a pasar los Apeninos y llega a Parma el 7 de febrero. Reina la incertidumbre sobre las intenciones del duque de Urbino y de los imperiales. "Sólo Dios —escribe Maquiavelo— puede saber lo que harán, pues, en verdad, no lo saben ni ellos mismos." A fines del mes, Ma-

quiavelo, aún en Parma, se entera de que el enemigo se dirige hacia Bolonia. En vano han suplicado al duque de Urbino que impida su avance. Alegando estar enfermo, el duque se ha retirado a Casal Maggiore, pero a fines de marzo corre la noticia de que ha cruzado el Po a la cabeza del ejército veneciano. Maquiavelo se muestra entonces más optimista en sus despachos. El enemigo acampa en una región pantanosa, y los italianos rompen un dique para inundar la comarca. Frundsberg, enfermo, se ha retirado a los dominios del duque de Ferrara quien, aunque neutral, simpatiza con los imperiales. Después de arduas negociaciones, a fines de marzo se acuerda una tregua. Todas las plazas ocupadas deberán ser devueltas por uno y otro bando, y el Papa se compromete a entregar sesenta mil ducados. Una vez firmado el tratado, el Papa licencia sus tropas. Las de la Liga, francesas y venecianas, se dispersan. Pero resulta que la tregua no es aceptada por los imperiales. Han aprovechado las negociaciones para reforzarse. El ejército de la Liga se ha desmembrado. Maquiavelo y Guicciardini se inquietan, presintiendo próximas desgracias. Maquiavelo se dirige a Imola, donde estuviera veinticuatro años antes, cuando la República florentina lo envió en misión ante César Borgia. Se conserva una carta de él, enviada de Imola a su hijo Guido, carta melancólica y conmovedora. Es una de las contadas cartas que nos han llegado de Maquiavelo dirigidas a su familia. Es probable, pues conocemos su facilidad epistolar, que escribiera muchas, pero no han llegado hasta nosotros. La carta de Imola es testimonio del cuidado que tenía de los suyos y de su porvenir. Recuerda en ella a su mujer, a sus otros hijos, y aun al pequeño mulo que ha enloquecido y al que, sin embargo, hay que tratar con bondad.

Entre los diferentes Estados de la península el odio es tal, que algunos se alegran del avance de los im-

periales. Los lucenses hacen preparativos para recibirlos. Siena les ofrece víveres para un año. El duque de Ferrara los ayuda en secreto.

Maquiavelo, después de haber recorrido la Romaña, retorna a Florencia y, en una carta a Vettori expresa su cólera hacia los jefes del ejército de la Liga. En Florencia, ante la incapacidad del gobierno, todo es inquietud e irritación. Se considera necesario un cambio de régimen. El 26 de abril estalla un motín. Se proclama la caída de los Médicis y se restablece un gobierno popular. Pero los tres cardenales que gobiernan el Estado por cuenta de los dos jóvenes Médicis logran restablecer el orden.

Desde Roma, el Papa, a pesar de los peligros a que se halla expuesto, lanza contra Siena una nueva expedición, que no tiene más éxito que la precedente. En cuanto al condestable de Borbón, se cree que ya había tomado la resolución de apoderarse de Roma. Su ejército avanza rápidamente de Arezzo a Viterbo, y de Viterbo se dirige hacia Roma. La noticia llena de espanto la ciudad. Se hacen febriles preparativos para la defensa, aunque se conserva la esperanza de que el ejército de la Liga podrá obligar a los imperiales a proseguir su marcha hacia Nápoles. Pero el duque de Urbino no hace nada por proteger la ciudad. Los imperiales acampan delante de Roma el 5 de mayo y, desde la madrugada del día siguiente, protegidos por la bruma que se había acumulado durante la noche, se lanzan al asalto de las murallas, donde éstas eran más bajas. El duque de Borbón, vestido de blanco, subía por una escala cuando fue muerto por un proyectil. La noticia de su muerte enfureció a los soldados, que lo querían. Después de una hora de combate, forzaron las defensas de la ciudad (6 de mayo de 1527). El Papa, los cardenales y las personas de alguna importancia se precipitaron, con todo lo que pudieron llevarse, por la larga galería que conduce del

Vaticano al castillo de San Ángel, donde se encerraron. El saco de Roma duró ocho días. La soldadesca alemana y española se entregó a todos los excesos, sin respetar ni los conventos ni las iglesias, molestando y asesinando a todos aquellos que oponían resistencia. Desaparecieron muchas obras de arte. Sólo algunos palacios fueron respetados, al precio de enormes sumas.

Durante este acontecimiento, que llenaría de consternación a Italia y a toda Europa, Maquiavelo se encontraba, una vez más, por los caminos, pues el gobierno florentino lo había enviado a Guicciardini.

Cuando llegó a Florencia la noticia de la caída de Roma, la población, irritada contra el gobierno mediceo, se levantó en armas y proclamó la República (16 de mayo). Al día siguiente, el cardenal de Cortona tuvo que salir de la ciudad con los dos jóvenes Médicis. Guicciardini envió a Maquiavelo a Civita-Vecchia a estudiar, junto con Andrea Doria, almirante de la flota al servicio de la Iglesia, las medidas que tomarían para liberar al Papa y abastecer al ejército de la Liga.

En Civita-Vecchia, Maquiavelo fecha su último despacho oficial. Lo dirige, el 22 de mayo de 1527, a Guicciardini. El almirante afirmaba no disponer de ningún navío. Estimaba que la flota debía permanecer en Civita-Vecchia, por si el Papa lograba escapar del castillo de San Ángel e iba a buscar refugio en sus naves. Por cierto, no fue a Civita-Vecchia sino a Orvieto —allí se encontraba el ejército de la Liga— donde se dirigió el Papa cuando, disfrazado de mercader, logró escapar de Roma.

Después de haber cumplido con la última misión de su vida, Maquiavelo vuelve a tomar, a fines del mes de mayo, el camino de Florencia. Acaba de cumplir cincuenta y ocho años y se siente viejo y enfermo. A pesar de la belleza de la comarca en todo el esplendor de la primavera, sólo siente angustia y amargura. Tristemente avanza en su mula, seguido de un sirviente,

en compañía de un amigo y de unos mercaderes florentinos que en el saco de Roma han perdido todos sus bienes. Volverá a la Florencia republicana a la que sirviera durante tantos años, y a la que quisiera seguir sirviendo. Pero en Florencia los republicanos, de nuevo en el poder, apartan a los partidarios de los Médicis, a quienes gozaban de su favor o se hallaban a su servicio. No olvidan que a su regreso, en 1512, Maquiavelo ha intentado acercarse a ellos, y que ha ofrecido a Lorenzo de Urbino un tratado político que es el manual del perfecto tirano. La obra no se había publicado, pero corría de mano en mano. Maquiavelo ha recuperado el favor de los Médicis. Ha sido pensionado por el cardenal Julio, después papa Clemente VII, quien le pidió escribir una *Historia de Florencia*, y acaba de desempeñar, por cuenta del gobierno mediceo, numerosas misiones.

El nuevo gobierno republicano de Florencia no llamará, por lo tanto, a Maquiavelo, para ocupar el puesto, por entonces vacante, que hacía poco estuviera a su cargo. Se nombra (el 10 de junio) a un tal Francisco Tarugi, un desconocido. Florencia se ha salvado de los imperiales, pero el saco de Roma constituye una desgracia que la ciudad ha lamentado, como toda la cristiandad. La península ha sufrido cruelmente por el paso de los ejércitos, que no han dejado de requisar y de saquear. Las transacciones comerciales están interrumpidas, la existencia es difícil y la amargura reina en todos los corazones. Maquiavelo está cansado. Su enfermedad se agrava. Desde hace años padece de los intestinos. El remedio, cuya receta enviara a Guicciardini, ya no le sirve. El 20 de junio lo invade la fiebre, y decide encamarse. Llaman a un tal hermano Mateo, que lo confiesa. El 22 de junio, en la mansión de Oltrarno, donde naciera, muere, rodeado de su mujer y de sus hijos. El mismo día de su muerte es sepultado en la tumba de su familia, en Santa Croce.

V. ASPECTOS DE MAQUIAVELO

El aspecto de Maquiavelo sólo lo conocemos por retratos ejecutados después de su muerte, y por bustos de dudosa autenticidad. Al parecer, era de estatura mediana, cuerpo delgado, rostro huesudo sin barba ni bigote, cabello negro y ojos oscuros.

Más a ciencia cierta conocemos su espíritu y su carácter, ya que además de una obra considerable, poseemos su correspondencia diplomática y buen número de cartas familiares.

Bustos y retratos lo representan como un hombre grave. Ciertamente, así se mostraría al llevar adelante delicadas negociaciones ante Catalina Sforza, César Borgia o los ministros de Luis XII. Pero antes de conocer los días amargos, su aspecto debió de ser muy diferente, pues por sus cartas sabemos que era alegre, ingenioso, divertido y, llegada la ocasión, chocarrero.

En su juventud fue un *bon vivant* y hasta edad madura un admirador de las mujeres. Su conversación debía ser inagotable. Durante años fue en Florencia el animador de un pequeño grupo de amigos. Cuando salía de viaje, esperaban su regreso con impaciencia y las cartas que enviaba pasaban de mano en mano, por interesantes o divertidas. Su pluma era ligera, y al parecer escribía muy rápidamente y sin hacer muchas correcciones. Algunas veces aparecen en sus cartas algunas exageraciones, sin duda para dar al texto vida y color. Cuando, por ejemplo, su amigo Vettori le hace en una carta un cuadro pintoresco de su vida de embajador ante el Sumo Pontífice, vida que él divide entre las dignas obligaciones de su cargo y la asidua frecuentación de las cortesanas del barrio, Maquiavelo le responde en el mismo tono, mostrándole, no sin acentos patéticos, los contrastes de su propia existencia.

Aunque vivió en el momento más brillante del Renacimiento, Maquiavelo no evoca en nosotros lo que éste representa habitualmente: el humanismo y la floración artística.

Esto no debe asombrarnos, puesto que los hombres, aunque vivan en una misma época, tienen gustos e intereses muy variados. Podemos verlo hoy, en nuestro siglo, cuando, fuera de sus ocupaciones cotidianas, muchos hombres se apasionan exclusivamente por ciertas actividades, olvidando todo lo demás.

Maquiavelo no fue atraído por la corriente del humanismo, aunque en Florencia gozara de gran prestigio. Lorenzo el Magnífico, siguiendo la obra de su abuelo Cosme, reunía en su palacio de la vía Larga y en su villa de Careggi a humanistas de la talla de Marsilio Ficino, Ángel Policiano y Pico de la Mirándola, cuyo renombre se extendía más allá de los Alpes.

El término "Renacimiento" nos hace evocar el nombre y las obras de ilustres artistas contemporáneos de Maquiavelo, a la mayoría de los cuales habría podido frecuentar. Sin embargo, Maquiavelo no parece haberse interesado mucho por sus trabajos, aunque sí se dio cuenta de la excepcional producción artística de su época, ya que en el *Arte de la guerra* pone en boca del célebre *condottiero* Fabricio Colonna, portavoz de sus propias ideas: "Nuestra patria parece destinada a hacer revivir la Antigüedad, como lo han demostrado nuestros poetas, nuestros escultores y nuestros pintores."

Maquiavelo tampoco se interesó gran cosa en la producción literaria de su época. No obstante, cita a Ariosto, y sabemos que frecuentaba las reuniones de intelectuales organizadas por los hermanos Rucellai, y allí leyó pasajes de sus *Discursos*.

En cambio, Maquiavelo seguía los acontecimientos con ojo avizor. Analiza sus causas y hace juicios pertinentes sobre los hombres que los determinan. En sus

despachos diplomáticos se revela como un excelente observador. Sus informes sobre Francia y sobre Alemania son especialmente notables. Sus despachos, tan inteligentemente concebidos, merecían la atención del gobierno florentino. Aún nos cautivan por la manera tan viva como narra sus entrevistas con aquellos personajes ante quienes le enviara en misión la Señoría florentina.

Maquiavelo se hizo escritor a los cuarenta y cuatro años. A partir de entonces, su principal ocupación fue escribir. Deseaba darse a conocer, volver a encontrar empleo y recibir un sueldo. Su estilo revela su inteligencia. No se expresa como jurista ni como teórico, sino que estudia los hechos que le revela la historia antigua, o los acontecimientos contemporáneos. El talento de escritor, al parecer, era común en Florencia. Cuando se leen los despachos de los embajadores florentinos, se admira el arte con que saben expresarse. Merecen los elogios que habitualmente se reserva a los embajadores de la república de Venecia. Acaso el don de bien expresarse fuera tan común en la Florencia de la época de Maquiavelo como al parecer en la Francia del siglo XVIII lo fue el don de escribir con gran tino en la elección de las palabras y con elegancia en el giro de las frases.

Maquiavelo llevó una vida de trabajo, de preocupaciones y de incesantes fatigas. A causa de su reputación universal, la gente suele creer que era un gran personaje, cuando, en realidad, siempre permaneció en segundo plano. La debilidad militar de Florencia siempre dificultó las negociaciones que le fueron confiadas. La república de Florencia fue amenazada durante tres años por la ambición de César Borgia. Durante quince años tuvo que sostener la agotadora y costosa guerra de Pisa. Con inquietud, puesto que era su aliado, vio a Luis XII acumular errores políticos y militares. Después de los desatinos que le hi-

cieron perder el reino de Nápoles y después la Lombardía, a pesar de las victorias de Agnadello y de Rávena, Florencia sufrió las consecuencias de la funesta política de su aliado: la invasión de su territorio, la caída del gobierno republicano y el retorno triunfal de los Médicis.

Puede decirse que durante los catorce años en que desempeñó sus funciones en la cancillería florentina, Maquiavelo sólo conoció tribulaciones y sinsabores. Una de sus más crueles decepciones fue, a raíz de la llegada de las tropas españolas delante de Prato, la ridícula resistencia que les opusieron las milicias nacionales constituidas a petición suya y bajo su vigilancia.

Profundamente afectado por su destitución, Maquiavelo, sin embargo, no se dejó abatir. Siempre demostró energía. Después de su destitución y de su encarcelamiento, escribe: "Quiero que mis tormentos os den, al menos, esta alegría: la de saber que los he soportado con tanta firmeza que estoy contento de mí mismo, y que me parece que valgo un poco más de lo que hubiera creído" (carta a Vettori, marzo de 1512).

En efecto, lejos de dejarse abatir, Maquiavelo emprendió valerosamente una carrera nueva, la de escritor. Pero también ella había de traerle no pocos desengaños. Después de sus vanos esfuerzos por recuperar la confianza de los Médicis, el tratado del *Príncipe*, que debía —según esperaba él— hacerle obtener algún empleo, no le tocó a su destinatario, Julián de Médicis, sino a Lorenzo de Médicis, quien probablemente ni lo leyó y no lo recompensó de manera alguna.

A pesar de su amargura, Maquiavelo siguió trabajando y escribió buen número de libros. Pero durante su vida no obtuvo la consagración literaria que él hubiera deseado. Sus únicas satisfacciones las debió a *La mandrágora*, representada con éxito en Florencia, Roma y Venecia. Con todo, Maquiavelo fue apreciado

por los intelectuales florentinos que se reunían en los gratos jardines de los hermanos Rucellai, y recibió del cardenal Julio de Médicis el encargo de escribir la *Historia de Florencia*.

Nuevamente encargado de misiones, en un principio insignificantes, después de importancia, cuando la amenaza de las fuerzas imperiales acantonadas en Lombardía pesó sobre toda la península, Maquiavelo reanudó su vida errante. Ya no estaba olvidado, pero conoció entonces nuevas inquietudes, nuevas fatigas, nuevas amarguras. Florencia se salvó, pero el saco de Roma afectó a toda la península como una gran desgracia. Después de la última y vana misión en Civita-Vecchia, Maquiavelo regresó a Florencia, de donde nuevamente acababan de ser expulsados los Médicis. A causa de sus servicios a los Médicis, los republicanos lo olvidaron, y su muerte pasó inadvertida.

La vida de Maquiavelo fue penosa, una vida de tribulaciones y percances. Carente de fortuna al entrar en funciones, cuando murió sólo poseía su mansión de Florencia y una pequeña propiedad campestre. Durante toda la vida conoció la necesidad. "El hombre —escribió en 1513— que ha servido fielmente y con eficacia durante cuarenta y tres años, no puede cambiar su naturaleza; mi pobreza es testimonio de ello" (carta a Vettori, diciembre de 1513).

¡Pobre Maquiavelo! Es de justicia que, además de su inteligencia brillante y de sus dotes, se admiren el valor y la energía de que dio pruebas a lo largo de toda una vida dura y difícil. "He nacido pobre y he conocido la escuela de las privaciones más que la de los placeres." Hay que rendir homenaje a su conciencia profesional y a la devoción con la que sirvió a su patria florentina. Maquiavelo era bueno, sensible; poseía el sentido de la amistad. Su comportamiento no conoció ningún maquiavelismo. El éxito, ha escrito, justifica los medios empleados para obtenerlo. Ma-

quiavelo no recurrió a medios condenables para "llegar" —y no "llegó". Casi desconocido en vida, su gloria ha sido póstuma.

Fuera de la apostasía que cometiera escribiendo *El príncipe*, no se le podría reprochar nada. Merece nuestra simpatía y nuestra estimación. La pobreza fue su excusa: "La necesidad que me acicatea —escribía a propósito de su tratado— me mueve a publicarlo" (carta a Vettori, diciembre de 1513).

No se le deben echar en cara los preceptos políticos, moralmente condenables, que encontramos en *El príncipe* y en los *Discursos*. Codificó, ni más ni menos, lo que tantos hombres, en el poder, hicieron antes que él, en su tiempo y después de él. Condenables son quienes han aplicado esos preceptos durante los siglos pasados, hasta nuestro siglo XX, y a los que, sin embargo, la Historia honra y glorifica.

VI. EL MAQUIAVELISMO

Para el público en general, el maquiavelismo es una manera de pensar y de actuar de la que está ausente todo escrúpulo, y que se inspira en la astucia y en la perfidia. Se dice que alguien es maquiavélico cuando se supone que actuará conforme a sus intereses, sin preocuparse por el derecho ni por la moral, que desconocerá, si lo juzga conveniente, su palabra, y que se valdrá de cualquier medio para alcanzar sus fines.

Hay también un maquiavelismo político, que Maquiavelo expuso en *El príncipe* y en los *Discursos*, donde no se trata de una mera disposición de carácter, sino de los medios que deben emplearse para conquistar y conservar el poder.

Se habla a veces, a propósito de Maquiavelo, de ciencia política. Se ha llegado a decir que él fue el creador de la ciencia política. Ahora bien, no hay tal ciencia política. La ciencia positiva, la que busca el conocimiento preciso de los fenómenos y se dedica a establecer las leyes que los rigen, no puede aplicarse a los problemas políticos, que están más allá de toda verificación experimental. Dependen de la evolución de las sociedades, del nivel de cultura de los pueblos, de las circunstancias, del clima, etcétera.

Ningún país ha logrado darse instituciones absolutamente satisfactorias y, en consecuencia, duraderas. Tales instituciones reciben la influencia de las costumbres y los modos de pensar, que evolucionan sin cesar. Sabemos, por ejemplo, que las revoluciones políticas del siglo xix se hicieron en nombre de la libertad, y hoy vemos cómo las del siglo xx se hacen en favor de dictaduras que suprimen la libertad.

Al ver tantas variaciones y tanteos, resulta imposible hablar de ciencia política. Si los descubrimientos

científicos de Copérnico (contemporáneo de Maquiavelo) resultan incontestables, las máximas políticas de Maquiavelo sí pueden discutirse en nombre de la moral y del derecho. Y si no una ciencia de la política, sí hay un arte de la política, en el que algunos han descollado, en todas las épocas.

Los métodos de gobierno que tildamos de maquiavélicos han sido empleados desde la más remota antigüedad. Maquiavelo escribe en *El príncipe* que "para poseer con seguridad un Estado recientemente conquistado basta con haber extinguido la línea de sus antiguos príncipes" (capítulo III). Ahora bien, Rómulo, el fundador de Roma, mató a su propio hermano, Remo, para quedar como único señor de la nueva ciudad.

A propósito del asesinato de Tarquino el Antiguo, Maquiavelo escribe "que un príncipe nunca se hallará seguro en el trono en tanto deje con vida a aquellos a quienes despojó" (*Discursos*, III, 4).

El poeta Estasino de Chipre, que vivió en el siglo VII a. c., expresa la misma idea diciendo: "Necio aquel que, después de matar al padre, deja con vida a los hijos."

Después de la muerte de Antonio, Octavio, quien pronto sería el emperador Augusto, mandó matar, en Alejandría, al joven Antilo hijo de Antonio y de Fulvia, en el templo en que se había refugiado. Cesarión, hijo de César y de Cleopatra, estaba entonces en la ciudad de Berenice, a orillas del Mar Rojo, donde esperaba embarcarse rumbo a las Indias. Su tutor Rodón, sin duda ignorante del asesinato de Antilo, aconsejó a Cesarión que confiara en Octavio. En lugar de dirigirse a las Indias, llegaron a Alejandría. Octavio inmediatamente hizo asesinar al adolescente, porque habría podido reivindicar el trono de Egipto.

Los ejemplos de felonía y de crímenes políticos en Italia son innumerables en los siglos XIV y XV.

Durante una larga permanencia en Lucca, donde se hallaba en misión, Maquiavelo se dedicó a escribir la vida, un poco novelada, de Castruccio Castracani. Se trata de un lucense que vivió en el siglo XIV. Siguió la carrera de las armas en varios países antes de retornar a Lucca, donde se hizo el amo de la ciudad. En seguida se apoderó de Pisa, de Pistoya, y amenazó Florencia. Para vengarse de unos conspiradores que habían tratado de abatirlo, simuló perdonarlos a condición de que, todos juntos, acudiesen a agradecer su benevolencia. En cuanto los tuvo reunidos, Castruccio les hizo detener y enterrar vivos, cabeza abajo.

Pueden citarse incontables ejemplos de felonía en tiempos de Maquiavelo, como el de Oliverotto da Fermo, cuya historia nos relata *El príncipe*.

Oliverotto, que había abandonado su ciudad para aprender y seguir la carrera de las armas, escribió un día a su tío Fogliani que deseaba ardientemente volver a abrazarlo y a ver los lugares donde había pasado su juventud. Fue invitado a ir a Fermo, ciudad de la Marca, cerca del Adriático, adonde llegó con un séquito de cien caballeros, para homenajear —según dijo— a sus conciudadanos. Después de ofrecer un magnífico festín a su tío y a los principales de la ciudad, ordenó asesinar a todos y así se adueñó de Fermo.

Por la misma época, Pandolfo Petrucci fue, durante muchos años, el señor de Siena, donde Maquiavelo fue enviado tres veces en misión. Para llegar al poder, Petrucci había hecho asesinar a traición a su suegro Niccolo Borghese, y a un gran número de sus conciudadanos.

Entre aquellos contemporáneos de Maquiavelo que más se caracterizaron por valerse de la audacia, la astucia, el engaño y el crimen, hay que citar, desde luego, a César Borgia. Maquiavelo lo elogia en *El príncipe* y lo pone como modelo al joven Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, a quien está dedicada la obra.

Antes de comenzar sus empresas, César sacrificó —como lo había hecho Rómulo— su hermano a sus ambiciones. En efecto, hizo desaparecer a su hermano mayor, el duque de Gandía, a fin de no tener que repartirse con él las ciudades que les otorgaría el Papa.

Ya hemos visto cómo César se apoderó, mediante una traición, del ducado de Urbino, y cómo en Sinigaglia hizo caer en una trampa a sus antiguos *condottieri*, y mandó estrangularlos.

Otro rasgo característico del maquiavelismo de César Borgia: cuando fue duque de Romaña, nombró gobernador del ducado a un hombre enérgico y cruel, Ramiro di Lorqua, quien reprimió el bandidaje y pacificó el país, no sin cometer numerosos crímenes. "El duque de Valentinois —escribe Maquiavelo en *El príncipe*—, para quedar limpio de todo reproche a los ojos de las poblaciones y para ganarse su afecto, quiso probarles que no debían cargarle las crueldades cometidas en el país, sino atribuirlas al carácter feroz de su ministro. En consecuencia, una mañana ordenó abrir en canal a Ramiro y exponer su cuerpo sobre la plaza de Cesena."

Otro ejemplo de villanía, contemporáneo de Maquiavelo, fue la jugada hecha por el rey Fernando de Aragón al rey de Nápoles, quien, sin embargo, pertenecía a la misma casa aragonesa.

Luis XII, deseoso de conquistar el reino de Nápoles, había invitado al rey de Aragón a unírsele. El rey Fernando hizo creer al rey de Nápoles que acudía en su ayuda contra los franceses, y así pudieron sus tropas ocupar varias plazas del reino. Al llegar los franceses, que avanzaban por tierra, el rey de Nápoles pidió al rey de Aragón su ayuda para rechazarlos. Sólo entonces descubrió la odiosa maniobra de que había sido víctima.

El príncipe y los *Discursos* no fueron publicados en vida de Maquiavelo, sino cuatro años después de su muerte. El duque de Urbino, a quien va dedicado *El*

príncipe, probablemente nunca leyó el tratado. Jamás lo tomó en cuenta y Maquiavelo no obtuvo ningún empleo, ninguna recompensa.

El libro, que antes de ser impreso circuló en manuscrito, no provocó ninguna reprobación. La edición de 1531-1532, incluso obtuvo la aprobación de un cardenal.

Cuando la Iglesia de Roma emprendió la contrarreforma, obra del Concilio de Trento (1543-1573), surgió una nueva severidad hacia aquellas obras que escarnecían la moral cristiana. La obra de Maquiavelo fue proscrita en 1557, bajo el pontificado de Pablo IV, y la condenación se confirmó bajo el pontificado de Pío IV, su sucesor.

No sólo se reprochaba a Maquiavelo la inmoralidad política del *Príncipe*, sino también los juicios severos que, en los *Discursos*, dirigía a la Iglesia romana.

En 1575, el escritor protestante Inocente Gentillet publicó una obra intitulada *Discurso sobre los medios de gobernar un reino contra Nicolás Maquiavelo*. En 1592 fue un jesuita, el padre Antonio Possevino, quien atacó a Maquiavelo y lo hizo responsable de todos los males del siglo. En Baviera, Maquiavelo fue quemado en efigie. En Inglaterra, el cardenal Pole declaró que el tratado del *Príncipe* había sido escrito por la mano del diablo.

A pesar de la condenación, el pequeño tratado ha logrado despertar, siglo tras siglo, un constante interés. En el siglo XVI hubo no menos de tres traducciones al francés del *Príncipe* y de los *Discursos*, la primera en 1544. Rabelais, Montaigne, Descartes, Montesquieu, Voltaire, J. J. Rousseau y otros muchos escritores franceses lo leen y lo comentan. Cristina de Suecia hace anotaciones en cada página, expresando su indignación. Federico II, antes de ascender al trono de Prusia, escribe, con ayuda de Voltaire, una obra para refutarlo.

Mucho más tarde, en Italia, se formará una corriente para rehabilitar a Maquiavelo. Los hombres del *Risorgimento* harán de él un precursor de la unidad italiana. Y sin embargo Maquiavelo jamás la creyó posible, siquiera deseable. En el año mismo en que componía el tratado del *Príncipe* y la famosa "exhortación" con que termina la obra, y por la cual invitaba al duque de Urbino a librar a la península de los invasores extranjeros, escribía (10 de agosto de 1513) a su amigo Vettori, que se encontraba en Roma: "Hablar de la unión de los italianos es una burla, pues no hay que esperar de ellos el menor acuerdo que pudiera producir algún bien."

Si los medios de gobierno preconizados por Maquiavelo —la mentira, la felonía, la crueldad— fueron utilizados en todos los tiempos, ¿por qué sus obras provocaron tan vivas protestas, y por qué tuvieron tanto éxito?

A la pregunta así formulada pueden darse varias respuestas que, por lo demás, se complementan.

La primera es que si la mentira, la felonía, el crimen, han sido empleados en todos los tiempos por los hombres que ocupan el poder, Maquiavelo fue el primero en atreverse, en *El príncipe* y en los *Discursos*, a preconizar su uso. Y en *El príncipe* se dirigía directamente a un príncipe soberano, el duque de Urbino, sobrino de León X.

Mientras que los escritores políticos consideraban las relaciones entre gobierno y gobernados, como si los hombres fueran buenos, justos, honrados y generosos, Maquiavelo, que sí era un hombre bueno, honrado y sensible, se muestra pesimista al considerar la humanidad. "Los hombres —escribe en *El príncipe*— generalmente son ingratos, inconstantes, falsos y ávidos de ganancias." No indica en sus escritos cómo debieran ser los hombres, sino cómo son. Se lee en *El príncipe*: "Hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se

debería vivir, que quien considera real y verdadero aquello que, sin duda, debiera ser, pero desgraciadamente no es, corre inevitablemente a su ruina" (*El príncipe*, siglo xv).

Para responder a la pregunta respecto al interés que han manifestado los hombres de gobierno por Maquiavelo, hay que señalar la opinión claramente expresada en *El príncipe* y en los *Discursos* en favor de un poder fuerte, enérgico, inspirado en el absolutismo.

Maquiavelo hace en *El príncipe* la apología del despotismo. En los *Discursos*, donde elogia el régimen republicano, formula los mismos principios: "Debe quedar establecido como regla general —escribe— que jamás, o apenas muy raras veces, se ha visto una república o una monarquía que estuvieran bien constituidas desde el origen, o fueran totalmente reformadas después, a no ser por obra de un solo individuo. Y hasta resultar necesario que quien haya concebido el plan aporte, por sí solo, los medios de ejecución" (*Discursos*, I, 9).

"Así —prosigue Maquiavelo—, un hábil legislador que aspire a servir al interés común y al de la patria, antes que al suyo propio y al de sus herederos, deberá emplear toda su industria para atraer a sí mismo todo el poder" (I, 9).

Los hombres inclinados por naturaleza a ejercer un poder autoritario se ven contenidos por el deseo de pasar por liberales, y cuando comparten con otros el poder, vacilan en arrogarse toda la autoridad. La lectura de Maquiavelo los anima a olvidar sus escrúpulos y a seguir su propensión.

La tercera razón del interés hacia Maquiavelo que han demostrado los gobiernos se debe a que él difundió, en los tiempos modernos, el concepto de "razón de Estado".

La razón de Estado —la expresión data del siglo xv— es aquella necesidad que tienen quienes gobiernan de tomar las medidas propias para asegurar la con-

tinuidad del poder y, en los periodos de crisis, la salvación del Estado.

Esta idea aparece expresada varias veces por Maquiavelo. En los *Discursos* escribe:

"Cuando se trata de la salvación de la patria, hay que olvidarse de la justicia o de la injusticia, de la piedad o de la crueldad, de la alabanza o del oprobio y, dejando de lado toda consideración ulterior, es necesario salvar a la patria, con gloria o con ignominia."

¿Cómo no habría de abusarse de tal principio para justificar acciones que tienen por móvil el interés personal, la ambición, la pasión del poder, y no el interés de todos?

Así, la razón de Estado ha llegado a ser el argumento con el cual los gobiernos pretenden, bajo pretexto de interés común, disculparse de sus acciones opuestas al derecho y a la moral.

"Un espíritu sabio —escribe Maquiavelo— no condenará a un hombre superior por haberse valido de un medio que esté fuera de las reglas ordinarias, con el importante objeto de fundar una monarquía o una república. Pero es preciso que, en el momento en que los hechos le acusen, el resultado pueda excusarlo. Si el resultado es bueno, quedará absuelto..." (*Discursos*, I, 9).

"Lo que demuestra —escribe Maquiavelo— que Rómulo era de los que merecen ser absueltos por haberse desembarazado de su compañero y de su hermano, es que lo hizo por el bien común y no para satisfacer su ambición" (*Discursos*).

Como Roma estaba en sus comienzos, Rómulo no podía imaginar su grandioso destino, y puede suponerse que haya sido movido por su ambición, antes que por el interés del "pueblo romano".

¡Cuántas injusticias, cuántos crímenes han sido cometidos, y siguen cometiéndose, en nombre de esta famosa razón de Estado! El principio había sido pro-

clamado desde la Antigüedad. Se consideraba ya entonces que el resultado obtenido justificaba los medios empleados para llegar a él.

En *Filoctetes*, la bella tragedia de Sófocles, Neoptolemo pregunta a Ulises:

—Entonces, ¿no te parece vergonzoso proferir mentiras?

—No —responde Ulises—, si la mentira sirve al éxito.

El principio de la razón de Estado inclusive sirvió, en la Antigüedad, para justificar la esclavitud. Los filósofos griegos, Aristóteles en particular, lo admitieron por razones prácticas, pues la esclavitud procuraba gratuitamente una abundante mano de obra. Pero la vergüenza del mundo antiguo fue haberla tolerado.

La República romana, en nombre de la razón de Estado, se permitía violar sus propios compromisos. Tito Livio nos da más de un ejemplo. Inspirándose en Tito Livio, Maquiavelo justifica los excesos del gobierno republicano y nos pone por modelo la República romana.

Podrían citarse innumerables casos en que los príncipes o los gobernantes en general han invocado la razón de Estado. Lo hacían antes de Maquiavelo, lo hicieron durante su época, y después de él.

Francisco I, prisionero de Carlos V después del desastre de Pavía, desconocerá, en nombre de la razón de Estado, las cláusulas del tratado de Madrid, que había firmado para recuperar la libertad.

La razón de Estado fue invocada por Isabel de Inglaterra cuando hizo ejecutar, en 1587, a su prima María Estuardo, ex reina de Escocia y de Francia. La invocaron en ocasión del asesinato —cometido por órdenes de Enrique III en 1588, en el castillo de Blois— de Enrique de Lorena, duque de Guisa, apodado el Caricortado. Y fue invocada también por Felipe II,

rey de España, cuando hizo desaparecer a su hijo, el infante don Carlos.

Se ha pretendido justificar la matanza de San Bartolomé, en 1572, por la razón de Estado, y un siglo después, en 1685, la revocación del Edicto de Nantes.

Citemos también el asesinato del duque de Enghien, hijo del duque de Borbón-Condé, en marzo de 1804. Bonaparte, primer cónsul, le hizo detener en territorio de Baden y conducir a París, donde fue fusilado en los fosos del castillo de Vincennes, después de un proceso sumario sin testigos ni defensores.

El asesinato del duque de Enghien ha sido severamente censurado en nombre de la moral y del derecho. Pero los admiradores incondicionales de Napoleón lo justifican, afirmando que el primer cónsul debía hacer algo que intimidara a sus adversarios, en el momento de la conjuración de Jorge Cadoudal y del general Pichegru.

Si los que detentan el poder pretenden justificar, mediante la razón de Estado, algunos de sus actos en particular la condenación de quienes tratan de derrocarlos, el principio se vuelve contra ellos, pues quienes pretenden derrocarlos porque consideran que su presencia va en contra del interés del Estado, igualmente pueden invocar la razón de Estado para abatirlos.

El príncipe de Maquiavelo ha sido libro de cabecera de incontables soberanos y hombres de Estado, entre ellos Catalina de Médicis y sus hijos, el duque de Alba, Enrique IV, varios sultanes otomanos, Richelieu, Mazarino, Napoleón, Mussolini y muchos otros.

Resulta difícil trazar una línea de demarcación entre las acciones que realmente se inspiran en el interés del Estado y aquellas cuyo objeto es exclusivamente servir al interés personal de quienes ocupan el poder, pero no resulta admisible que, so pretexto de la razón de Estado, los príncipes y gobernantes violen los tratados concluidos y hagan desaparecer a sus adversarios.

Todo esto lo puso de manifiesto el escritor piamontés Juan Botero, católico y amigo de los jesuitas, quien publicó en 1585, en Milán, sólo cincuenta años después de la aparición del *Príncipe* y de los *Discursos*, un tratado político titulado *Della Ragione di stato*. En esta obra, Botero combate la razón de Estado, tal como se funda en la historia de Tácito y las máximas de Maquiavelo. Puede verse así en el libro de Botero, que es una refutación de Maquiavelo, la prueba de que Maquiavelo, desde fines del siglo XVI, no sólo era atacado por haber recomendado el empleo de ciertos medios de gobierno moralmente condenables, sino por haberlos justificado en nombre de la razón de Estado. Después de Botero, cientos de obras han tratado, especialmente en Italia, de la razón de Estado.

La historia de los siglos XIX y XX es rica en acontecimientos en que los hombres que ocupan el poder pretenden que se les perdonen mentiras, astucias y asesinatos, alegando haberlo hecho por el bien de todos, en interés del Estado.

La razón de Estado, a la que también se ha llamado necesidad de Estado, ha sido el tema, como hemos dicho, de numerosas obras. Algunas las censuran y hacen responsable a Maquiavelo de los crímenes cometidos por la aplicación de su principio; otras reconocen que está bien fundada. El absolutismo ha tenido sus teóricos y sus defensores.

En el siglo XX, los hombres que aspiran al poder o que, habiéndolo conquistado, desean conservarlo, obedecen a los mismos instintos y a las mismas pasiones que sus antecesores de los siglos XV y XVI.

A pesar de la instrucción obligatoria, de la expansión de las ideas cristianas por el mundo, del desarrollo de las ciencias y de los progresos técnicos, a pesar del esfuerzo de los hombres por educar, elevar y civilizar a las masas, la naturaleza humana casi no ha cambiado y, en conjunto, considerando la extensión de la crimi-

nalidad, el número y la violencia de las guerras, el siglo XX resulta uno de los más crueles de la historia.

El sueño de paz perpetuamente acariciado desde hace siglos por los filósofos pareció realizarse después de la Primera Guerra mundial. La Sociedad de las Naciones hizo nacer grandes esperanzas. Se creyó haber llegado a una piedra miliar de la Historia. Los pueblos oprimidos desde hacía siglos iban a renacer y en efecto, Polonia, Checoslovaquia, Servia, Estonia, Lituania, Letonia y Finlandia obtuvieron la independencia.

Los Estados representados en Ginebra constituían un tribunal supremo, que impondría al mundo los principios de libertad y de justicia. Se reconocía a los pueblos el derecho de disponer de sí mismos, y la dignidad del hombre había de ser universalmente respetada. Ahora bien, pocos años después, una nueva guerra mundial, más cruel que la precedente, sembraría el dolor y la muerte, y al final de la guerra algunos pueblos, cuyo libertad había sido reconocida, desaparecían o quedaban sometidos a la voluntad de un país vecino más fuerte.

Pudiera preguntarse cuál será el porvenir del maquiavelismo político y, más particularmente, del concepto de razón de Estado, cuyo instigador, en los tiempos modernos, fuera Maquiavelo.

Parece que hemos llegado a un momento de la historia en que, con frecuencia cada vez mayor, se enfrentarán dos concepciones diferentes de la vida colectiva.

Una de ellas, aunque tiene en cuenta el estado de dependencia en que se encuentra el individuo ante la sociedad, permanece fiel al antiguo ideal de libertad y pide para el individuo las libertades que se han llamado necesarias: libertad física, libertad de trabajo, libertad de pensamiento, libertad de conciencia, libertad de expresión.

La otra concepción, adoptada por los regímenes calificados de totalitarios, no deja al individuo ninguna iniciativa, ni le acuerda siquiera las libertades llamadas necesarias que acabamos de enumerar. El individuo no se pertenece a sí mismo. No es libre ni siquiera en sus movimientos. No puede salir del país, al que se encuentra atado como el siervo lo estaba antes a la tierra. Se construyen muros, se elevan en las fronteras centenares de kilómetros de barreras guardadas por un ejército policíaco, a fin de que el ciudadano quede prisionero en su propio país. La antigua servidumbre instituida en beneficio del príncipe o del señor, ha sido restablecida, en provecho del Estado.

En los países sometidos a esos regímenes, la vida colectiva se encuentra destinada por completo a aumentar el poder del Estado. No se tienen en cuenta las aspiraciones del individuo ni esa "felicidad de los hombres" que, según Bossuet, es el fin último de toda política.

Los Estados en que el individuo es sacrificado así al interés público, dirigen su política hacia el egoísmo nacional, la hegemonía y la conquista. Constituyen, en consecuencia, un peligro para la libertad de los hombres en todo el mundo, y para la paz universal.

Maquiavelo y el principio de la razón de Estado no deben considerarse responsables de la orientación de los espíritus en la segunda mitad del siglo XX. El mundo se ha dado nuevos amos. Los oposicionistas, los revolucionarios, los anarquistas de cualquier matiz, tan numerosos en todos los partidos del mundo, esgrimen ahora los nombres de Lenin, de Trotski, de Stalin —al que se trata de rehabilitar—, de Guevara, y por supuesto de Mao.

Si muchos gobernantes intentaron en el pasado justificar sus actos mediante la razón de Estado, no pocos serán, en el porvenir, quienes ni siquiera intenten invocar pretextos para hacerse perdonar sus men-

tiras y crímenes. Antes, la moral política era pisoteada. No lo será en adelante, puesto que hoy la sola palabra moral provoca sonrisas desdeñosas. ¡No!, Maquiavelo ya no será quemado en efigie. Los dictadores de mañana no irán a buscar inspiración y consejo en *El príncipe* y en los *Discursos*. Su instinto será un guía mucho más seguro.

CRONOLOGIA

1469: En una antigua familia toscana nace Nicolás Maquiavelo, el 3 de mayo. El Estado florentino es una república donde los Médicis, de hecho, ejercen la soberanía.

1469-1470: A la muerte de Pedro de Médicis, le suceden sus hijos Lorenzo y Julián.

1478: En Florencia: conjuración de los Pazzi (abril) contra Lorenzo y Julián, que es muerto.

1492: Muerte de Lorenzo de Médicis, llamado el Magnífico (abril). Le sucede su hijo Pedro II.

1494: Expedición de Carlos VIII a Italia (agosto de 1494, noviembre de 1495). Pisa se sacude el yugo de Florencia. Los Médicis son expulsados de la ciudad (9 de noviembre). Se proclama la República. Savonarola es omnipotente en Florencia.

1497: Excomunión de Savonarola.

1498: Suplicio de Savonarola (mayo). A los 29 años, Maquiavelo ingresa en la Cancillería florentina como secretario (19 de junio). Además, entrará (14 de julio) al servicio de los diez magistrados encargados de la guerra y de los asuntos extranjeros.

1499: Maquiavelo enviado en misión ante el Señor de Piombino (marzo), ante Catalina Sforza (julio), ante el ejército que tiene sitiada Pisa.

1500: Primera legación de Maquiavelo en Francia (agosto-octubre).

1502: Maquiavelo es enviado en comisión a Arezzo. Acompaña a Urbino, para conferenciar con César Borgia, a monseñor Soderini, obispo de Volterra y futuro cardenal, hermano de Sode-

rini que pronto será gonfalonero vitalicio. Legación de Maquiavelo ante César Borgia en Imola (octubre). Maquiavelo presencia el asunto de Sinigaglia.

1503: Legación de Maquiavelo en Roma, después de la muerte de Alejandro VI.

1504: Segunda legación de Maquiavelo en Francia (enero). Misión a Piombino (abril). Maquiavelo publica un poema de 500 versos: la *Primera decenal.*

1505: Misión de Maquiavelo a Mantua. Misión ante el ejército florentino que sitia Pisa.

1506: Diversas misiones de Maquiavelo sobre el territorio de la República (enero-marzo). Segunda legación de Maquiavelo ante Julio II, al que seguirá en su expedición guerrera (agosto-octubre).

1507: Misión de Maquiavelo a Piombino (mayo), a Siena (agosto), a Bolzano (diciembre).

1509: Misión de Maquiavelo ante el ejército que sitia Pisa (febrero). Legación en Mantua (noviembre), en Verona (diciembre). Maquiavelo publica la *Segunda decenal.*

1510: Tercera legación de Maquiavelo en Francia (junio). Legación en Siena (diciembre).

1511: Misión de Maquiavelo ante Luciano Grimaldi en Mónaco (mayo). Cuarta legación de Maquiavelo en Francia (septiembre). Maquiavelo es comisionado para reclutar tropas en el territorio de la República (diciembre).

1512: Misión de Maquiavelo en Pisa (mayo). Regreso de los Médicis a Florencia (septiembre). Destitución de Maquiavelo (noviembre).

1513: Maquiavelo es aprisionado (febrero), sale de la cárcel (marzo), divide el tiempo entre Florencia y su casa de campo. Sostiene una activa correspondencia con su amigo Francisco

Vettori. Escribe *El príncipe* (julio a diciembre) y trabaja al mismo tiempo en los *Discursos*.

1514: Gran actividad literaria de Maquiavelo.

1516: Ofrece a Lorenzo, duque de Urbino, el tratado del *Príncipe*.

1518: Maquiavelo asiste regularmente a las reuniones literarias en los jardines de los hermanos Rucellai en Florencia. Lleva adelante su actividad literaria.

1519: Maquiavelo es encargado por el cardenal Julio de Médicis (futuro Clemente VII) de escribir una *Historia de Florencia*. Termina el *Arte de la guerra*.

1521: Misión confiada a Maquiavelo por el gobierno de los Médicis, ante los Hermanos Predicadores de Carpi (mayo).

1525: Legación de Maquiavelo en Venecia (agosto).

1526: Numerosas misiones de Maquiavelo ante el ejército de la Liga (agosto).

1527: Toma de Roma por las tropas imperiales mandadas por el condestable de Borbón (mayo). Los Médicis son echados de Florencia (mayo). Maquiavelo en misión en Civita-Vecchia ante el almirante Doria. Regresa, enfermo, a Florencia. Muere a los 58 años (22 de junio). Es inhumado en Santa Croce.

1532: Publicación de *El príncipe*, de los *Discursos*, y de la *Historia de Florencia*.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA, EN ITALIANO, DE LAS OBRAS DE MAQUIAVELO

Tutte le opere di N. Machiavelli, G. Mazzoni y M. Cosella, Barbera, Florencia, 1919.

Machiavel — opere omnia (preludio di Benito Mussolini), Istituto Editoriale Italiano, La Santa, Milán, 1927.

Machiavel opere, edición de Antonio Panella, Rizzoli, Roma, 1938.

Tutte le opere di N. Machiavelli, F. Flora y C. Cordie, Milán, 1949-1950.

INDICE

Prólogo 7

I. En la escuela de la política 9

II. Maquiavelo funcionario, diplomático y reclutador 17

III. Revelación de un gran escritor 57

IV. Retorno a la vida activa 72

V. Aspectos de Maquiavelo 92

VI. El maquiavelismo 98

Cronología 112

Bibliografía sumaria 115